

**0411 23 Cuarta Parte Cap Tulos Xi Al  
Xxiii Anna Kar Nina**

**Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu). These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.**

**Contacto [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!**

Texto enviado por - **Sheila McLean (Arizona)** - - - - XI. Todos tomaron parte en la conversación general, excepto Kitty y Levin. Al principio, cuando se habló de la influencia que un pueblo puede ejercer en otro, Levin repasó involuntariamente las ideas que tenía al respecto; pero estas consideraciones, que antes le parecían tan importantes, pasaban ahora por su cabeza como en sueños, sin despertar en él el menor interés. Hasta le parecía extraño que los demás se empeñaran en hablar de una cuestión tan irrelevante. En cuanto a Kitty, habría podido pensarse que le interesaba lo que se estaba diciendo sobre los derechos y los deberes de las mujeres. ¡Cuántas veces había pensado en ese tema, al acordarse de Várenka, su amiga del extranjero, y en su penosa falta de independencia! ¡Cuántas veces había pensado en sí misma, en lo que sería de ella si no se casaba! ¡Cuántas veces había discutido con su hermana! Pero ahora esa cuestión no le interesaba lo más mínimo. Levin y ella habían entablado su propia conversación, o, mejor dicho, una suerte de comunicación misteriosa que cada minuto que pasaba los unía más, despertando en ambos un sentimiento de alegre temor ante el territorio desconocido en el que se estaban internando. Cuando Kitty le preguntó cómo había podido verla el año anterior, Levin le contó que estaba regresando por el camino real, después de la siega, cuando se cruzó con la calesa. —Fue a primera hora de la mañana. Probablemente, acababa usted de despertarse. Su mamá dormía en un rincón. Era una mañana maravillosa. Me pregunté quién iría en ese carruaje. Pasaron cuatro caballos magníficos, con un tintineo de cascabeles, y de pronto la ví a usted por la ventanilla: estaba sentada así, sujetándose con ambas manos las cintas de la cofia, y parecía sumida en profunda meditación —dijo Levin, sonriendo—. ¡Cuánto me gustaría saber en qué estaba pensando usted en esos momentos! ¿Era algo importante? «¿No iría despeinada?», pensó Kitty. Pero, al ver la sonrisa entusiasta que el recuerdo de esos detalles despertaba en la memoria de Levin, comprendió que le había causado una impresión inmejorable. Se ruborizó y se rió alegremente. —La verdad es que no me acuerdo. — ¡Con qué ganas se ríe Turovtsin! —exclamó Levin, contemplando sus ojos húmedos y su cuerpo tembloroso. — ¿Hace mucho que lo conoce? —preguntó Kitty. — ¿Y quién no lo conoce? —Por lo visto, no tiene usted muy buena opinión de él. —No es eso, pero me parece un tipo insignificante. — ¡Nada de eso! ¡No piense usted así! —exclamó Kitty—. Yo tampoco lo tenía en alta estima, pero puedo asegurarle que es un hombre encantador y extraordinariamente bondadoso. Tiene un corazón de oro. — ¿Y cómo lo sabe usted? —Porque somos muy buenos amigos. Lo conozco a fondo. El invierno pasado, poco después de que... nos visitara usted —dijo con una sonrisa culpable y al mismo tiempo confiada—, todos los hijos de Dolly cogieron la escarlatina, y Turovtsin vino un día de visita. Pues fíjese usted —añadió en un susurro—, le dio tanta pena que se quedó y la ayudó a cuidar de los pequeños. Sí, pasó tres semanas en su casa, cuidando de ellos como una enfermera. Le estoy contado a Konstantín Dmítrich cómo se portó Turovtsin cuando tuviste a los niños con escarlatina —añadió, inclinándose hacia su hermana. — ¡Sí, fue admirable! ¡Es un hombre encantador! —dijo Dolly, mirando a Turovtsin, que se dio cuenta de que estaban hablando de él, y sonriéndole con dulzura. Levin volvió a mirarlo y se sorprendió de no haberlo apreciado en su justo valor. — ¡Lo siento, lo siento! ¡Jamás volveré a pensar mal de nadie! —exclamó Levin con alegría, expresando con sinceridad lo que sentía en esos momentos. XII. En la discusión que habían entablado sobre los derechos de la mujer había cuestiones relacionadas con la desigualdad de derechos en el matrimonio que resultaba delicado tratar en presencia de señoras. Durante la comida Pestsov había aludido en varias ocasiones a esos aspectos, pero Serguéi Ivánovich y Stepán Arkádevich habían desviado con tacto la conversación. Cuando se levantaron de la mesa y las señoras salieron, Pestsov, en lugar de seguir las, se volvió a Alekséi Aleksándrovich y empezó a exponerle la causa principal de esa desigualdad entre los cónyuges, debida, en su opinión, a que las infidelidades de la mujer y del marido se castigaban de manera distinta, tanto por la ley como por la opinión pública. Stepán Arkádevich se acercó apresuradamente a Alekséi Aleksándrovich y le ofreció un cigarro. —

No, no fumo —respondió éste con tranquilidad, y, como si quisiese demostrar que no le asustaba la conversación, se dirigió a Pestsov con una fría sonrisa—. Supongo que el fundamento de semejante opinión descansa en la naturaleza misma de las cosas. —Y se dispuso a pasar al salón, pero en ese momento Turovtsin se mezcló de manera inopinada en la conversación. — ¿Le han contado a usted lo que le ha sucedido a Priáchnikov? —preguntó, animado por el champán que había bebido y deseoso de romper el silencio que le oprimía desde hacía un buen rato—. Hoy mismo me he enterado de que Vasia Priáchnikov —añadió, esbozando una bondadosa sonrisa con sus labios húmedos y rojos, dirigiéndose principalmente a Alekséi Aleksándrovich, el invitado más importante— se ha batido en duelo en Tver con Kvitski y lo ha matado. De la misma manera que todos los golpes parecen ir a parar al sitio lastimado, Stepán Arkádevich se daba cuenta de que, por desgracia, la conversación de ese día no dejaba de castigar el punto que más le dolía a Alekséi Aleksándrovich. De nuevo intentó llevarse a su cuñado, pero el propio Karenin preguntó con curiosidad: — ¿Por qué se ha batido Priáchnikov? —Por su mujer. ¡Se ha portado como un valiente! ¡Lo desafió y lo mató! — ¡Ah! —exclamó con indiferencia Alekséi Aleksándrovich, enarcando las cejas, y pasó al salón. — ¡Cuánto me alegro de que haya venido usted! —le dijo Dolly con una sonrisa temerosa, al encontrarse con él en la habitación contigua—. Necesito hablarle. Sentémonos aquí. Alekséi Aleksándrovich, con esa expresión de indiferencia que le daban sus cejas enarcadas, se sentó al lado de Daria Aleksándrovna y sonrió con escasa naturalidad. —Con mucho gusto —dijo—, porque quería presentarle mis excusas y despedirme de usted. Me marcho mañana. Plenamente convencida de la inocencia de Anna, Daria Aleksándrovna hervía de indignación contra ese hombre frío e insensible que con tanta tranquilidad se aprestaba a labrar la ruina de su pobre amiga. Tan grande era su rabia que sus labios temblaban y se le mudaba el color de la cara. —Alekséi Aleksándrovich —dijo mirándole a los ojos, después de hacer acopio de todas sus fuerzas—. Le he preguntado por Anna y usted no me ha respondido. ¿Cómo está? —Creo que está bien, Daria Aleksándrovna —respondió Alekséi Aleksándrovich, sin mirarla. —Perdóneme, Alekséi Aleksándrovich, no tengo derecho... pero quiero y respeto a Anna como a una hermana. Le ruego, le suplico que me diga lo que ha pasado entre ustedes. ¿De qué la acusa? Alekséi Aleksándrovich frunció el ceño y, cerrando casi los ojos, inclinó la cabeza. —Supongo que su marido le habrá comunicado las razones por las que considero necesario cambiar mis anteriores relaciones con Anna Arkádevna —dijo, evitando mirarla, y contempló con enfado a Scherbatski, que en esos momentos atravesaba el salón. — ¡No lo creo! ¡No lo creo! ¡No puedo creerlo! —exclamó Dolly con gesto enérgico, retorciéndose las huesudas manos. Se levantó bruscamente y puso su mano en la manga de Alekséi Aleksándrovich—. Aquí no podemos hablar sin que nos molesten. Venga, por favor. La agitación de Daria Aleksándrovna se traspasó a Alekséi Aleksándrovich. Se levantó y la siguió sin rechistar al cuarto de estudio de los niños. Se sentaron ante una mesa cubierta con un hule rasgado por los cortaplumas. — ¡No lo creo, no lo creo! —repitió Dolly, tratando de captar la mirada de Karenin, que evitaba la suya. —Es imposible negar los hechos, Daria Aleksándrovna —dijo, acentuando la última palabra. —Pero ¿qué es lo que ha hecho? ¿Qué? ¿Qué? —preguntó Daria Aleksándrovna—. Dígame qué es lo que ha hecho. —Ha olvidado sus deberes y ha traicionado a su marido. Eso es lo que ha hecho. — ¡No, no! ¡No puede ser! ¡No, por el amor de Dios, se equivoca usted! —dijo Dolly, llevándose las manos a las sienes y cerrando los ojos. Alekséi Aleksándrovich sonrió fríamente sólo con los labios, deseando demostrarle a Dolly, y también a sí mismo, la firmeza de su convicción. Pero esa encendida defensa, aunque no le había hecho vacilar, hurgó de nuevo en su herida. Se puso a hablar muy alterado. —No cabe equivocación cuando la propia mujer le anuncia al marido que ocho años de matrimonio y un hijo no han sido más que un error y que quiere empezar una nueva vida —dijo con irritación, resoplando. —Anna y el vicio juntos. No puedo creerlo. — ¡Daria Aleksándrovna! —exclamó Karenin, clavando la mirada, ahora sí, en el bondadoso y agitado rostro de Dolly y sintiendo que se le soltaba la lengua—. No sabe usted lo que daría por poder seguir albergando dudas. Cuando dudaba, mi situación era penosa, pero no tanto como ahora. Cuando dudaba, aún me quedaba alguna esperanza; ahora ya no me queda ninguna, y, sin embargo, sigo dudando de todo. Sí, de todo. Odio a mi hijo y a veces no puedo creer que sea mío. Soy muy desgraciado. Ese último comentario sobraba. Nada más verlo, Daria Aleksándrovna lo leyó en su cara. Sintió pena de él, y la fe que tenía en la inocencia de su amiga empezó a tambalearse. — ¡Ah! ¡Es horrible, horrible! Pero ¿es posible que se haya decidido usted a solicitar el divorcio? —Sí, ya sé que es una medida extrema, pero no puedo hacer otra cosa. —Otra cosa, otra cosa... —murmuraba Dolly con lágrimas en los ojos—. ¡No! ¡Alguna otra solución habrá! —Lo más terrible en esta clase de desdichas es que no se puede llevar la cruz como en cualquier otro infortunio, una pérdida, una muerte —dijo Karenin, como si hubiera adivinado el pensamiento de Dolly—. Hay que acabar con esa situación humillante en la que le han puesto a uno. Tres personas no pueden vivir juntas. —Lo entiendo, lo entiendo —dijo Dolly, agachando la cabeza. Guardó silencio y se puso a pensar en su situación, en su propio drama familiar. De pronto levantó la cabeza enérgicamente y unió las manos en gesto de súplica—. ¡Espere un momento! Usted es cristiano. ¡Piense en ella!

¿Qué es lo que la espera si la abandona usted? —He pensado mucho, Daria Aleksándrovna —dijo Alekséi Aleksándrovich. Su rostro se cubrió de manchas rojas y sus turbios ojos se clavaron en ella. Ahora Daria Aleksándrovna se compadecía de él con toda su alma—. Fue lo que hice cuando ella misma me comunicó mi deshonra. Dejé las cosas como estaban. Le ofrecí la posibilidad de corregirse, intenté salvarla. ¿Y qué sucedió? Pues que ni siquiera respetó una pequeña exigencia: guardar las apariencias —añadió, acalorándose—. Se puede salvar a alguien que no quiere perderse. Pero, cuando la naturaleza está tan corrompida y pervertida que busca la salvación en su misma perdición, ¿qué puede hacerse? — ¡Todo menos el divorcio! —respondió Daria Aleksándrovna. — ¿A qué se refiere con ese todo? — ¡Ah, es horrible! ¡No será la mujer de nadie! ¡Estará perdida! — ¿Y qué puedo hacer yo? —replicó Alekséi Aleksándrovich, encogiéndose de hombros y arqueando las cejas. El recuerdo de la última falta de su mujer, que tanto le vejaba, le hizo recobrar la frialdad de que había hecho gala al inicio de la conversación—. Le agradezco mucho su interés, pero ahora tengo que irme —dijo, poniéndose en pie. — ¡No, espere! No debe usted arruinar la vida de su mujer. Espere, quiero contarle algo que me concierne. También a mí me ha engañado mi marido. Llena de ira y de celos, quise abandonarlo todo, hasta estuve a punto de... Pero al final recobré la cordura. ¿Y sabe usted quién me salvó? Pues Anna. Como ve, sigo viviendo. Mis hijos crecen, mi marido ha regresado al seno del hogar, ha reconocido su falta, se ha vuelto más noble y considerado. Y yo sigo viviendo... ¡He perdonado y también usted debe perdonar! Alekséi Aleksándrovich la escuchó, pero sus palabras no le causaron el menor efecto. En su alma volvió a agitarse la ira que había sentido el día en que decidió solicitar el divorcio. Se estremeció y dijo en voz alta y chillona: —Ni puedo ni quiero perdonar. Lo considero injusto. He hecho cuanto he podido por esa mujer y ella lo ha arrastrado todo por el fango, en el que parece encontrarse tan a gusto. No soy un hombre malo, nunca he odiado a nadie, pero a ella la odio con toda mi alma y no puedo perdonarla: ¡la odio demasiado por todo el daño que me ha hecho! —concluyó, ahogado por lágrimas de rabia. —Amad a los que os odian... —murmuró Daria Aleksándrovna avergonzada. Alekséi Aleksándrovich sonrió con desprecio. Conocía muy bien esas palabras, pero no podían aplicarse a su caso. —Se puede amar a los que nos odian, pero no a quienes odiamos. Perdone que la haya molestado. ¡Cada cual tiene suficiente con su pena! —Y, habiendo recobrado el control de sí mismo, se despidió con la mayor tranquilidad y se fue. XIII. Cuando se levantaron de la mesa, Levin quiso seguir a Kitty al salón, pero temía que un cortejo tan evidente la disgustara. Por tanto, se quedó con los hombres y tomó parte en la conversación general. Aunque no miraba a Kitty, sentía sus movimientos y sus miradas, y sabía en qué lugar del salón se encontraba. Sin el menor esfuerzo empezó a cumplir la promesa que le había hecho de pensar siempre bien del prójimo y amar a todo el mundo. La conversación pasó a ocuparse de las comunas rurales, en las que Pestsov veía algo así como un principio especial al que daba el nombre de «principio coral». Levin no estaba de acuerdo ni con Pestsov ni con su hermano que, con esa manera tan suya de razonar, tan pronto reconocía como rechazaba el significado de esa institución rusa. Pero, cuando les dirigía la palabra, sólo trataba de reconciliarlos y limar sus diferencias. No le interesaba lo más mínimo lo que les decía y mucho menos lo que decían ellos; lo único que deseaba era que todos estuvieran alegres y contentos. Ahora sabía que sólo había una persona en el mundo que le importara. Y esa persona, que al principio estaba en el salón, se había acercado y se había detenido en el umbral. Sintió que le sonreía y que le miraba fijamente, y no pudo por menos de volverse. Estaba delante de la puerta, en compañía de Scherbatski, y no apartaba los ojos de él. —Pensaba que se iba a sentar usted al piano —dijo, acercándose a ella—. Eso es lo que me falta en el campo: música. —No, sólo veníamos a buscarle a usted —repuso Kitty, recompensándolo con una sonrisa—, y a darle las gracias por haber venido. ¿Qué ganan con discutir tanto? Si no van a convencerse nunca. —Sí, es verdad —dijo Levin—. La mayoría de las veces discute uno con tanto apasionamiento porque no consigue entender qué pretende demostrar el oponente. Levin había reparado en más de una ocasión en que, cuando dos personas inteligentes discuten, después de grandes esfuerzos y de una cantidad ingente de sutilezas lógicas y de palabras, acaban dándose cuenta de que todos esos prolijos argumentos sólo han servido para demostrar algo que sabían desde el principio. En el fondo, todo se reducía a una cuestión de preferencias, que no querían revelar para que el contrario no las pusiera en tela de juicio. No era infrecuente que en el transcurso de una discusión uno se diera cuenta de las preferencias del adversario y las aceptara; entonces, todos los razonamientos se volvían innecesarios. A veces sucedía lo contrario: uno desvelaba por fin esa preferencia que le había obligado a urdir tantas reflexiones, la exponía de forma precisa y sincera, y entonces el adversario se mostraba repentinamente de acuerdo y dejaba de discutir. Eso es lo que había querido decir Levin. Kitty arrugó la frente, tratando de comprender. Pero, en cuanto él empezó a explicárselo, el sentido de sus palabras le quedó claro. —Ya veo: hay que saber por qué discute el adversario y lo que le gusta; entonces puede uno... Había adivinado todo y ahora estaba exponiendo lo que él le había referido con tanta torpeza. Levin esbozó una alegre sonrisa: tan perplejo le había dejado el contraste entre los argumentos enrevesados y grandilocuentes de Pestsov y su hermano y esa manera

lacónica y clara de expresar, casi sin palabras, los pensamientos más complejos. Scherbatski se apartó de ellos; Kitty, entonces, se acercó a la mesa de juego, se sentó, cogió una tiza y se puso a trazar círculos divergentes en el tapete verde sin estrenar. Reanudaron la conversación de la comida sobre la libertad y las ocupaciones de las mujeres. Levin compartía la opinión de Daria Aleksándrovna de que una muchacha que no se casara podía encontrar en el seno de la familia una tarea propia de su sexo. Y aseguró, en apoyo de su tesis, que ninguna familia podía pasarse sin alguna muchacha que ayudara en las labores del hogar. En cualquier familia, tanto pobre como rica, se necesitaba siempre una niñera, ya fuera una parienta o una mujer contratada. —No —dijo Kitty, ruborizándose, pero mirándole aún más atrevidamente con sus ojos sinceros—. Hay casos en los que una muchacha no puede entrar en una familia sin exponerse a alguna humillación, mientras ella misma... Levin entendió a lo que se refería. — ¡Ah, sí! — exclamó—. ¡Sí, sí, sí! ¡Tiene usted razón! Y entonces comprendió todo lo que Pestsov había expuesto sobre la libertad de la mujer durante la comida: le había bastado ver en el corazón de Kitty el temor y la humillación de quedarse soltera. Su amor por ella le permitió sentir ese temor y esa humillación, y al punto renunció a sus argumentos. Se produjo un silencio. Kitty seguía dibujando con la tiza en el tapete. Sus ojos resplandecían con un brillo sereno. Cediendo al estado de ánimo de la joven, Levin sentía en todo su ser la creciente tensión de la felicidad. — ¡Ah! ¡He pintarrajeado toda la mesa! —dijo Kitty y, dejando la tiza, hizo un movimiento como si se dispusiera a levantarse. «¿Es que voy a quedarme solo... sin ella?», se dijo Levin horrorizado y cogió la tiza. —Espere —dijo, sentándose a la mesa—. Hace tiempo que quería preguntarle algo. Clavó la mirada en sus ojos acariciadores y asustados. —Adelante. —Mire —dijo Levin, y escribió las siguientes iniciales: «c, m, r: e, i, q, d, n, o, s, e», que significaban: «Cuando me respondió: es imposible, ¿quería decir nunca o sólo entonces?». No había la menor posibilidad de que Kitty pudiera comprender esa frase tan complicada; pero Levin la miró como si su vida dependiera de que ella entendiera esas palabras. Kitty le miró con aire serio, luego apoyó la arrugada frente en la mano y se puso a leer. De vez en cuando levantaba la vista hasta él y le preguntaba con la mirada: «¿Es lo que me figuro?». —Lo he comprendido —dijo, ruborizándose. — ¿Qué palabra es ésa? —preguntó Levin, señalando la letra «n», que quería decir «nunca». —Nunca —repuso ella—. Pero no es verdad. Levin se apresuró a borrar lo escrito, le entregó la tiza y se levantó. Kitty escribió: «e, n, p, r, d, o, m». Cuando vio a Kitty con la tiza en la mano, mirando a Levin con una sonrisa tímida y feliz, y a éste, con su apuesta figura, inclinado sobre la mesa, la mirada ardiente clavada tan pronto en la joven como en el tapete, Dolly se sintió reconfortada de la pena que le había causado su conversación con Alekséi Aleksándrovich. De pronto el rostro de Levin resplandeció: había comprendido. Esto era lo que querían decir las iniciales: «Entonces no podía responder de otra manera». La miró con expresión inquisitiva y tímida. — ¿Sólo entonces? —Sí —respondió Kitty, con una sonrisa. — ¿Ya...? ¿Y ahora? —preguntó Levin. — Bueno, haga el favor de leer. Voy a decirle lo que desearía. ¡Lo que desearía con toda mi alma! Y trazó estas iniciales: «o, p, u, o, y, p, l, s». Esas letras significaban: «Ojalá pudiera usted olvidar y perdonar lo sucedido». Levin cogió la tiza con dedos rígidos y temblorosos y, después de romperla, escribió las iniciales de la siguiente frase: «No tengo nada que olvidar ni perdonar, y no he dejado de amarla». Kitty le miró, sin dejar de sonreír. —He comprendido —murmuró. Levin se sentó y escribió una larga frase. Kitty la comprendió toda y, sin preguntarle si la había interpretado bien, cogió la tiza y se apresuró a responder. Durante un buen rato Levin no fue capaz de entender lo que Kitty había escrito, y la miró varias veces a los ojos. La felicidad había embotado sus facultades. No podía adivinar las palabras en las que estaba pensando Kitty. No obstante, sus encantadores ojos, radiantes de felicidad, le comunicaron todo lo que necesitaba saber. Entonces escribió tres letras, pero antes de que tuviera tiempo de acabar —a Kitty le bastaba el movimiento de su mano para comprenderle—, la joven había terminado ya la frase y escrito la respuesta: «Sí». — ¿Estáis jugando al secrétaire? —preguntó el príncipe, acercándose—. Bueno, si no quieres llegar tarde al teatro, tenemos que irnos. Levin se levantó y acompañó a Kitty hasta la puerta. Se habían dicho ya todo lo que tenían que decirse: que ella le amaba, que así se lo haría saber a sus padres, y que Levin iría a verlos a la mañana siguiente. XIV. Cuando Kitty se marchó y Levin se quedó solo, sintió tal inquietud y un deseo tan ardiente de que llegara cuanto antes la mañana del día siguiente, para volver a verla y unir para siempre su destino al suyo, que se asustó como de la muerte de esas catorce horas que habría de pasar sin ella. Para engañar al tiempo, necesitaba estar con alguien, hablar con alguien, no quedarse solo. Stepán Arkádevich habría sido la compañía más agradable en esos momentos, pero, según dijo, tenía que asistir a una velada, aunque en realidad iba al ballet. Levin sólo tuvo tiempo de decirle que era feliz, que le tenía mucho cariño y que nunca olvidaría lo que había hecho por él. La mirada y la sonrisa de Stepán Arkádevich le demostraron que comprendía la razón de tales sentimientos. — ¿No decías que había llegado el momento de morir? —preguntó Stepán Arkádevich, estrechando conmovido la mano de Levin. — ¡Nooooo! —respondió Levin. Al despedirse de él, Daria Aleksándrovna le dijo también, como felicitándole: — ¡Cuánto me alegro de que haya vuelto a encontrarse con Kitty! ¡No hay que descuidar las antiguas amistades! Pero a

Levin le desagradaron esas palabras. Daria Aleksándrovna no podía entender lo sublime y elevado que era ese sentimiento, y por tanto no debería siquiera mencionarlo. Levin se despidió de ellos, pero, para no quedarse solo, se pegó a su hermano. — ¿Adónde vas? — A una reunión. — ¿Puedo acompañarte? — ¿Y por qué no? Vamos — dijo Serguéi Ivánovich con una sonrisa—. ¿Qué es lo que te pasa hoy? — ¿Que qué me pasa? ¡Soy tan feliz! — respondió Levin, bajando la ventanilla del coche al que habían subido—. ¿No te importa? Me ahogo. ¡Soy tan feliz! ¿Por qué no te has casado? Serguéi Ivánovich sonrió. — Me alegro mucho. Parece una muchacha encanta... — quiso decir. — ¡No hables! ¡No hables! ¡No hables! — gritó Levin, cogiéndole con ambas manos el cuello de la pelliza y tapándole la boca. «Es una muchacha encantadora» era una frase vulgar y corriente, que no se correspondía con su sentimiento. Serguéi Ivánovich estalló en carcajadas, algo poco habitual en él. — Bueno, al menos déjame decirte que me alegro mucho. — Eso mañana. ¡Mañana! ¡Ni una palabra más! ¡No digas nada! ¡Nada! ¡Silencio! — dijo Levin, volviéndole a tapar la boca con la pelliza, y añadió: ¡Te quiero mucho! Entonces, ¿puedo ir contigo a esa reunión? — Pues claro. — ¿Y cuál es el tema del día? — preguntó Levin, sin dejar de sonreír. Llegaron a la reunión. Levin escuchó cómo el secretario, embarullándose, leía un protocolo que, por lo visto, ni él mismo entendía. Pero a Levin le bastó verle la cara para darse cuenta de que era un hombre bueno, amable, encantador. Así lo indicaba el hecho de que se confundiera y se aturullara al leer. A continuación empezaron los discursos. Se discutía la asignación de ciertas sumas y la instalación de unas cañerías. Serguéi Ivánovich se ensañó con dos miembros y habló largo y tendido con aire triunfal. Otro miembro, después de tomar notas en un papel, le dio cumplida respuesta, primero con timidez, luego con tanta cortesía como mala intención. A continuación intervino Sviazhski (que también estaba allí), con unas frases hermosas y nobles. Levin les escuchaba y se daba perfecta cuenta de que el asunto de las sumas y las cañerías no tenía la menor importancia, de que nadie estaba enfadado, de que todos los presentes eran personas amables y bondadosas, de que se entendían a las mil maravillas. No molestaban a nadie y disfrutaban de lo que hacían. Lo que más le sorprendía era que podía ver a su través; de hecho, a partir de ciertos detalles insignificantes, que antes le habrían pasado desapercibidos, podía reconocer el alma de cada cual y ver con toda claridad que eran buenos. Y todos sentían un afecto extraordinario por él esa noche. Se veía en la manera en que le hablaban, en la ternura y el cariño con que, hasta los desconocidos, le miraban. — ¿Qué? ¿Estás contento? — le preguntó Serguéi Ivánovich. — Sí, mucho. Jamás habría pensado que esto fuera tan interesante! ¡Qué espectáculo tan sublime y maravilloso! Sviazhski se acercó a Levin y le invitó a que fuera a tomar el té a su casa. Ya no acertaba a comprender, ni siquiera a recordar, qué le había molestado en Sviazhski, qué había buscado en él. Era un hombre inteligente y extremadamente bondadoso. — Con mucho gusto — dijo, y le preguntó por su mujer y su cuñada. Por una extraña asociación de ideas, pues en su imaginación el recuerdo de la cuñada de Sviazhski estaba ligado al matrimonio, se figuró que nadie entendería mejor su felicidad que la mujer y la cuñada de su amigo, y se alegró mucho de ir a verlas. Sviazhski le preguntó por los asuntos del campo; como de costumbre, no admitía la posibilidad de encontrar algo que no existiese ya en Europa, pero en esta ocasión esa circunstancia no incomodó a Levin. Al contrario, se daba cuenta de que Sviazhski tenía razón, de que todo ese asunto era insignificante y admiraba la increíble gentileza y finura con que su amigo evitaba jactarse de su victoria. Las señoras se mostraron especialmente amables. Levin tenía la impresión de que ya lo sabían todo y de que compartían su alegría, pero que no decían nada por delicadeza. Pasó allí una hora, dos, tres, hablando de diversos asuntos, aunque volviendo una y otra vez a la cuestión que embargaba su alma, sin darse cuenta de que estaba matando de aburrimiento a esas señoras, que debían haberse ido a la cama hacía ya un buen rato. Sviazhski lo acompañó al vestíbulo entre bostezos, sorprendido del extraño comportamiento de su amigo. Era más de la una. Levin regresó al hotel y empezó a pensar, aterrado, cómo iba a pasar solo, sumido en esa impaciencia, las diez horas que tenía por delante. El criado de servicio encendió una vela y se dispuso a salir, pero Levin lo retuvo. Ese criado, llamado Yegor, en el que Levin no había reparado antes, le pareció un hombre muy inteligente, simpático y, sobre todo, bondadoso. — Dime, Yegor, ¿se te hace duro no dormir por la noche? — ¡Qué le vamos a hacer! Es nuestra obligación. Se lleva una vida más tranquila sirviendo a un señor, pero aquí se gana más. Resultó que Yegor tenía familia, tres chicos y una chica costurera a la que quería casar con un dependiente de una talabartería. Ese detalle dio pie a Levin para comunicar a Yegor su idea de que en un matrimonio lo más importante era el amor y que con amor uno siempre era feliz, porque la felicidad estaba en uno mismo. Yegor le escuchó con atención y, por lo visto, entendió plenamente la idea de Levin, como confirmó una reflexión inesperada; a saber, que cuando había servido a buenos amos, siempre había estado contento de ellos, y que también ahora estaba satisfecho de su señor, aunque era francés. «¡Qué hombre tan bondadoso!», pensó Levin. — Y tú, Yegor, cuando te casaste, ¿querías a tu mujer? — Cómo no — respondió Yegor. Y Levin advirtió que también Yegor se encontraba en un estado de ánimo exaltado y que se aprestaba a revelar sus sentimientos más íntimos. — Mi vida también es sorprendente. Desde mi más tierna infancia... — empezó a decir con los ojos brillantes; no cabía duda de que Levin le

había contagiado, como sucede cuando uno ve bostezar a otra persona. Pero en ese momento sonó un timbre. Yegor salió y Levin se quedó solo. Casi no había comido nada en casa de Stepán Arkádevich, y tampoco había querido tomar el té ni cenar con Sviazhski, pero no podía pensar en eso ahora. No había pegado ojo la noche anterior, pero tampoco podía pensar en dormir. En la habitación hacía fresco, pero él se ahogaba de calor. Abrió los dos postigos de las ventanas y se sentó delante de la mesa que había enfrente. Más allá del tejado cubierto de nieve se vislumbraba una cruz afiligranada con cadenas y, por encima, la constelación triangular del Cochero, dominada por el resplandor amarillento de la Cabra. Levin miraba tan pronto la cruz como la estrella, respiraba el aire fresco, helado, que entraba sin parar en la habitación y seguía como en sueños las imágenes y recuerdos que surgían en su imaginación. A eso de las cuatro oyó pasos en el pasillo y se asomó a la puerta. Un conocido suyo, el jugador Miashkin, volvía del casino, cabizbajo y enfurruñado, aclarándose la garganta. «¡Pobre desgraciado!», pensó Levin, y de sus ojos brotaron lágrimas de piedad y afecto. Quiso hablar con él, consolarle. Pero, al recordar que iba en camisa, cambió de idea y volvió a sentarse al lado de la ventana, para bañarse en el aire fresco y contemplar las formas admirables de esa cruz, silenciosa, pero llena de significado para él, así como esa resplandeciente estrella amarilla que remontaba el horizonte. Hacia las seis los enceradores empezaron a hacer ruido, las campanas de una iglesia llamaron a misa y Levin empezó a sentir frío. Cerró los postigos, se lavó, se vistió y salió del hotel. XV. Aún no se veía a nadie por las calles. Levin se acercó a la casa de los Scherbatski. La puerta principal estaba cerrada y todos dormían. Se dio la vuelta, regresó a su habitación y pidió café. El criado de día, que ya no era Yegor, se lo llevó. Levin quiso entablar conversación con él, pero alguien llamó y el criado tuvo que salir. Levin trató de tomar un sorbo de café y se llevó un pedazo de bollo a la boca, pero sus dientes no sabían qué hacer con él. Levin lo escupió, se puso el abrigo y volvió a salir. Ya eran más de las nueve cuando se acercó por segunda vez a la casa de los Scherbatski. Los señores acababan de levantarse; el cocinero salía para hacer la compra. Había que dejar pasar al menos dos horas más. Levin pasó la noche y la mañana en un estado de inconsciencia total, sintiéndose completamente al margen de las exigencias materiales de la vida. No había comido en todo el día, llevaba dos noches sin dormir, había pasado varias horas medio desnudo expuesto al frío, pero el caso es que se sentía más fresco y sano que nunca, completamente desligado de su cuerpo: se movía sin ningún esfuerzo de sus músculos y se creía capaz de todo. Estaba convencido de que, en caso de que fuera necesario, podría echar a volar o mover la esquina de una casa. Pasó el resto del tiempo paseando por las calles, consultando el reloj a cada momento y volviéndose a uno y otro lado. Y lo que vio entonces no volvió a verlo nunca más. Lo que más le llamó la atención fueron los niños que iban al colegio, unas palomas azules, que bajaban volando de los tejados a la acera, los bollos espolvoreados de harina que una mano invisible había puesto en un escaparate. Esos bollos, esas palomas y esos niños parecían venidos de otro mundo. Y todo sucedía al mismo tiempo: un muchacho se acercaba corriendo a una paloma y le miraba con una sonrisa en los labios; la paloma agitaba las alas y echaba a volar, centelleando a la luz del sol, a través del fino polvo de nieve que temblaba en el aire; y un olor a pan recién horneado salía del escaparate, donde de pronto aparecían los bollos. Y la impresión de conjunto era de una belleza tan asombrosa que él reía y lloraba de alegría. Después de dar un gran rodeo por el callejón Gazetni y Kislovka, volvió de nuevo al hotel, puso el reloj delante y se sentó a esperar que dieran las doce. En la habitación contigua discutían de un asunto de máquinas y hablaban de no sé qué engaño, acompañando esas palabras de toses matinales. Por lo visto no entendían que las manecillas se acercaban ya a las doce. Cuando por fin llegó esa hora, Levin salió a la entrada. Era evidente que los cocheros estaban al tanto de todo. Rodearon a Levin con caras de felicidad y se pusieron a discutir y a ofrecerle sus servicios. Procurando no ofender a los restantes cocheros y prometiendo recurrir a sus servicios en otra ocasión, Levin eligió a uno y le ordenó que se dirigiera a casa de los Scherbatski. El cochero tenía un aspecto imponente, con el cuello de su camisa blanca asomando por encima del caftán, firme sobre su nuca roja, gruesa y vigorosa. El trineo era alto y ligero (Levin jamás volvió a montar en uno parecido), y el excelente caballo se esforzaba por avanzar, pero apenas se movía de su sitio. El cochero conocía la casa de los Scherbatski y, para mostrar una especial consideración a su cliente, al detener el caballo delante de la puerta, hizo un movimiento circular con los brazos y gritó: «¡So!». El portero de los Scherbatski seguramente estaba enterado de todo, como se desprendía de sus ojos risueños y de las palabras que le dirigió: — ¡Hace tiempo que no viene usted por aquí, Konstantín Dmítrich! No sólo lo sabía todo, sino que rebosaba de alegría, aunque se esforzaba por disimularlo. Después de contemplar los bondadosos ojos del anciano, Levin percibió un matiz nuevo en su felicidad. — ¿Se han levantado ya? —Haga el favor de pasar. Puede dejarlo aquí —dijo con una sonrisa, cuando Levin hizo intención de volverse para coger su gorro. Ese detalle le pareció muy significativo. — ¿A quién le anuncio? —preguntó el criado. Aunque era un criado joven y presumido, como se estilan ahora, parecía un buen muchacho y daba la impresión de que también lo entendía todo. —A la princesa... Al príncipe... A la señorita —respondió Levin. La primera persona con la que se encontró fue mademoiselle Linon. Atravesaba la sala con sus ricitos y su cara



resplandecientes. Apenas había tenido tiempo Levin de dirigirle la palabra cuando se oyó un rumor de pasos y el susurro de un vestido al otro lado de la puerta; mademoiselle Linon desapareció de su vista, y de Levin se apoderó una especie de temor gozoso ante la cercanía de su felicidad. Mademoiselle Linon apretó el paso y, dejándole solo, desapareció por la otra puerta. En cuanto salió, resonaron en el parqué unos pasos presurosos y ligeros, y su felicidad, su vida, él mismo —algo incluso mejor que él mismo, algo que había buscado y deseado tanto tiempo— se acercó rápidamente. Más que andar, parecía como si una fuerza invisible la arrastrara. Levin sólo vio esos ojos claros, sinceros, asustados de su propia dicha, la misma que embargaba también su corazón. Sus ojos brillaban cada vez más cerca, cegándole con la luz de su amor. Se detuvo a su lado, rozándole, y apoyó las manos en sus hombros. Había hecho todo lo que estaba en su mano: se había acercado y se le había entregado por entero, tímida y alegre. Levin la abrazó y unió sus labios a los de ella, que aguardaban ya el beso. Kitty tampoco había dormido en toda la noche, y había pasado la mañana entera esperándole. Su padre y su madre habían dado su consentimiento sin el menor reparo, felices de la dicha de su hija. Kitty había aguardado con impaciencia la llegada de Levin porque quería ser la primera en anunciarle esa venturosa noticia para ambos. Se había propuesto recibirle sola y se felicitaba de su plan, pero al mismo tiempo se sentía confusa y avergonzada y no sabía cómo ponerlo en ejecución. Al oír los pasos y la voz de Levin, había esperado detrás de la puerta a que se marchara mademoiselle Linon. Entonces, sin pensárselo dos veces ni preguntarse lo que estaba haciendo, se había acercado, había apoyado los brazos en sus hombros y todo lo demás... —Vamos a ver a mamá —dijo, cogiéndole de la mano. Durante un buen rato Levin fue incapaz de decir nada, no tanto porque temiera que las palabras desmerecieran de sus sentimientos, como porque cada vez que se disponía a abrir la boca sentía que le ahogaban lágrimas de felicidad. Tomó la mano de Kitty y la besó. — ¿Es posible que todo esto sea verdad? —preguntó Levin al fin, con voz sorda—. ¡No puedo creer que me ames! Al oír que la tuteaba y ver la expresión apocada con que la miraba, Kitty sonrió. — ¡Sí! —respondió, alargando esa palabra de manera muy expresiva—. ¡Soy tan feliz! Sin soltarle la mano, entró en el salón. La princesa, al verlos, respiró afanosamente, se echó a llorar, luego rompió a reír y, con una energía que Levin jamás habría esperado, se acercó corriendo, le cogió la cabeza, lo besó y le humedeció las mejillas con sus lágrimas. — ¡Así pues, todo está arreglado! Me alegro mucho. Quiérala usted. Me alegro mucho... Kitty. — ¡Qué pronto os habéis puesto de acuerdo! —dijo el viejo príncipe, tratando de aparentar indiferencia, pero Levin advirtió que tenía los ojos húmedos cuando se dirigió a él—. Hace tiempo que lo deseaba. Lo he deseado siempre —añadió, tomando a Levin de la mano y atrayéndolo hacia sí—. Incluso cuando a esta veleta se le metió en la cabeza... — ¡Papá! —gritó Kitty, tapándole la boca con las manos. — ¡Vale, ya me callo! —repuso él—. Estoy muy, muy conten... ¡Ah! ¡Qué tonto soy!... Abrazó a Kitty, le besó la cara, la mano, otra vez la cara e hizo sobre ella la señal de la cruz. Y a Levin le embargó un nuevo sentimiento de cariño por ese hombre, que hasta entonces había sido un extraño para él, al ver cómo Kitty estampaba un tierno y prolongado beso en su carnosa mano. XVI. La princesa, sentada en su sillón, guardaba silencio y sonreía; el príncipe tomó asiento a su lado, flanqueado por Kitty, que no le soltaba la mano. Todos callaban. La princesa fue la primera que llamó a las cosas por su nombre y encauzó todos los sentimientos y pensamientos a cuestiones de la vida real. En un primer momento a todos les pareció extraño y doloroso ese proceder. —Bueno. Tenemos que bendecirlos y anunciar el compromiso. ¿Y cuándo será la boda? ¿Qué piensas tú, Aleksandr? —Pregúntaselo a él —respondió el viejo príncipe, señalando a Levin—. Es el personaje principal en toda esta historia. — ¿Cuándo? —dijo Levin, ruborizándose—. Mañana. Ya que me lo preguntan, les diré que, en mi opinión, la bendición podría ser hoy y la boda mañana. —Basta, mon cher, no diga tonterías. —Vale, pues dentro de una semana. —Se ha vuelto loco. —No. ¿Por qué? — ¡Por el amor de Dios! —exclamó la madre, a la que hacían gracia esas prisas—. ¿Y qué pasa con el ajuar? «¿Es qué tendremos que ocuparnos del ajuar y todo eso? —pensó Levin horrorizado—. Por lo demás, ¿acaso pueden el ajuar, la bendición y todo lo demás ensombrecer mi felicidad? ¡Nada puede ensombrecerla!» Miró a Kitty y se dio cuenta de que la idea de ocuparse del ajuar no le molestaba en modo alguno. «Por lo tanto, debe de ser necesario», concluyó. —La verdad es que yo no sé nada de esas cosas. Sólo he expresado mi deseo —dijo, a modo de disculpa. —Ya lo discutiremos. De momento, podemos proceder a la bendición anunciar el compromiso. La princesa se acercó a su marido, le dio un beso e hizo intención de salir, pero él la retuvo, la abrazó y la besó con ternura varias veces, como un joven enamorado, sin dejar de sonreír. Por un momento, los dos ancianos parecieron confusos: ¿eran ellos los enamorados o su hija? Cuando ambos salieron, Levin se acercó a la novia y le cogió la mano. Ya era dueño de sus actos y había recuperado la capacidad de hablar. ¡Tenía tantas cosas que comunicarle! Sin embargo, las palabras que salieron de su boca eran muy distintas de las que se había propuesto decir. — ¡Estaba seguro de que esto acabaría sucediendo! No es que albergara esperanzas, pero en el fondo de mi corazón lo sabía —dijo—. Creo que estaba predestinado. —Y yo —dijo ella—. Incluso entonces... —se interrumpió y después continuó, mirándole decidida con sus ojos sinceros—. Incluso entonces, cuando rechazé

la felicidad. Nunca he amado a nadie más que a usted, pero estaba obnubilada. Debo decirle... ¿Será usted capaz de olvidarlo? —Tal vez haya sido mejor así. Tiene usted que perdonarme muchas cosas. He de decirle... —Había decidido decirle dos cosas desde el principio: que no era tan puro como ella y que no creía en Dios. Era doloroso, pero se consideraba obligado a confesarle tanto lo uno como lo otro—. ¡No, ahora no! ¡En otro momento! —dijo. —Como usted quiera. Pero tiene que decírmelo sin falta. No tengo miedo de nada. Ni que decir tiene... Levin completó la frase —Que me aceptará usted tal como soy, que no me rechazará, ¿verdad? —Sí, sí. La conversación fue interrumpida por mademoiselle Linon que, con una sonrisa dulce y a la vez artificiosa, venía a felicitar a su alumna predilecta. Aún no había salido de la habitación cuando entraron los criados para ofrecer también sus parabienes. Luego llegaron los parientes, y dio comienzo para Levin ese período tumultuoso y feliz que no acabaría hasta dos días después de la boda. Se sentía molesto e incómodo en todo momento, pero su felicidad, lejos de menguar, aumentaba. Era consciente de que le exigían muchas cosas de las que no sabía nada, pero hacía de buena gana todo lo que le pedían. Pensaba que su noviazgo no se parecería en nada al de los demás, que el cumplimiento de todos los rituales y tradiciones acabaría con su felicidad, pero el caso es que, aunque hicieron lo mismo que todo el mundo, su felicidad no dejaba de crecer y se hacía cada vez más especial: jamás se había visto ni se vería nada semejante. — Ahora vamos a comer unos bombones —decía mademoiselle Linon. Y Levin corría a comprarlos. —Me alegro mucho —decía Sviazhski—. Le aconsejo que compre las flores en Fomín. — ¿Es necesario? —preguntaba Levin. Y allá se dirigía. Su hermano le dijo que había que pedir dinero prestado porque habría que comprar regalos y hacer frente a muchos gastos... — ¿Hay que hacer regalos? Y partía al galope a la joyería Fulde. Tanto en la pastelería como en Fomín y en Fulde se daba cuenta de que lo esperaban, de que se alegraban de verle, de que compartían su felicidad, como todas las personas con las que trataba esos días. Lo raro no era sólo que todos lo quisieran, sino que hasta personas que antes se habían mostrado antipáticas, frías e indiferentes, estaban entusiasmadas con él, le obedecían en todo, hablaban de sus sentimientos con ternura y delicadeza y compartían su convencimiento de que era el hombre más feliz de la tierra, porque su novia era el colmo de la perfección. Kitty sentía lo mismo. Cuando la condesa Nordston se permitió insinuar que habría deseado algo mejor para ella, se enfadó tanto y le demostró de un modo tan convincente que no había en el mundo hombre mejor que Levin, que la condesa se vio obligada a reconocerlo, y en presencia de Kitty siempre acogía a Levin con una sonrisa de admiración. La prometida explicación fue uno de los acontecimientos más dolorosos de esa época. Levin pidió consejo al viejo príncipe y, una vez que éste le dio su consentimiento, entregó a Kitty su diario, en el que había consignado lo que tanto le desasosegaba. Lo había escrito pensando en su futura novia. Dos cosas le atormentaban: su impureza y su falta de fe. Kitty apenas prestó importancia a ese segundo aspecto. Era creyente, jamás había dudado de las verdades de la religión, pero la supuesta incredulidad de su novio no le afectó siquiera. El amor le había revelado el corazón de Levin, en el que había visto lo que deseaba; y poco le importaba si a ese estado de ánimo se le llamaba falta de fe. En cambio, la otra confesión le hizo llorar lágrimas amargas. Antes de entregarle el diario, Levin había tenido que librar un combate consigo mismo. Sabía que entre ellos no podía ni debía haber ningún secreto; por eso había llegado a la conclusión de que no tenía otra salida. Pero no se imaginó el efecto que iba a causarle, porque no se puso en el lugar de Kitty. Una tarde, al entrar en su habitación, antes de ir al teatro, se la encontró bañada en lágrimas, su agradable y lastimoso rostro desencajado por la pena irreparable que le había causado. Entonces comprendió el abismo que separaba su vergonzoso pasado de la pureza inmaculada de Kitty, y se horrorizó de lo que había hecho. — ¡Llévese esos cuadernos horribles! ¡Lléveselos! —exclamó, apartando los diarios, que descansaban sobre la mesa, delante de ella—. ¿Por qué me los ha dado?... En cualquier caso, es mejor así —añadió, compadeciéndose de la expresión desesperada de Levin—. Pero ¡es horrible, horrible! Levin agachó la cabeza y guardó silencio. ¿Qué habría podido decir? —Entonces, ¿no me perdona usted? —susurró. —Sí, le perdono, pero es horrible. En cualquier caso, su dicha era tan grande que ese incidente, lejos de destruirla, le añadió un nuevo matiz. Kitty le había perdonado; pero, a partir de ese momento, se consideró menos digno de ella, fue más consciente de la supremacía moral de su prometida y valoró aún más su felicidad inmerecida. XVII. Alekséi Aleksándrovich volvió a su habitación solitaria, repasando involuntariamente en su memoria la impresión que le habían dejado las conversaciones entabladas durante la comida y la sobremesa. Las palabras que Daria Aleksándrovna había pronunciado sobre el perdón no habían conseguido más que enfadarle. Decidir si los preceptos cristianos podían aplicarse o no a su caso era una cuestión demasiado ardua de resolver, de la que no se podía hablar a la ligera, y a la que Alekséi Aleksándrovich había respondido de manera negativa hacía mucho tiempo. De todo lo que se había dicho, lo que más le había impresionado había sido un comentario de Turovtsin, ese hombre tan bondadoso como estúpido: «Se portó como un valiente. Lo desafió a duelo y lo mató». Por lo visto, todos compartían esa opinión, aunque por delicadeza se habían abstenido de manifestarlo. «En cualquier caso, ya he tomado una decisión, así que no hay razón para seguir pensando en ese asunto», se dijo

Alekséi Aleksándrovich. Dándole vueltas a su inminente viaje y a las labores de inspección que le aguardaban, entró en su habitación y le preguntó al portero que le había acompañado dónde estaba su criado. Éste le informó de que acababa de salir. Alekséi Aleksándrovich le ordenó que le sirviese té, se sentó a la mesa, cogió el Froom, una guía de ferrocarriles y se puso a trazar el itinerario de su viaje. —Han llegado dos telegramas —dijo el criado, entrando en la habitación—. Perdome, excelencia, he salido un momentito. Alekséi Aleksándrovich cogió los telegramas y los abrió. En el primero le comunicaban el nombramiento de Strémov para un puesto que ambicionaba para él. Arrojó el despacho y, enrojeciendo, se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación. —A quienes Dios quiere peder, primero los enloquece —dijo, refiriéndose a los responsables de ese nombramiento. No le disgustaba que no le hubieran concedido ese cargo, que hubieran pasado por encima de él, pero le parecía sorprendente e incomprensible que no se dieran cuenta de que ese charlatán de Strémov, que sólo sabía hacer frases, era el menos indicado para desempeñar ese puesto. ¿Cómo no comprendían que estaban labrando su propia ruina, comprometiendo su prestigio? «Será algo por el estilo», se dijo con amargura, al abrir el segundo despacho. Era un telegrama de su mujer. Lo primero que le saltó a la vista fue su firma, «Anna», trazada con lápiz azul. «Me muero. Le ruego, le suplico que venga. Moriré más tranquila con su perdón», leyó. Arrojó el telegrama con una sonrisa despectiva. En un primer momento le pareció evidente que se trataba de un engaño y una artimaña. «No hay argucia de la que no sea capaz. Está a punto de dar a luz. Quizá se refiera a eso. Pero ¿qué es lo que pretende? Que reconozca al niño, comprometerme y evitar el divorcio —pensó—. Pero ahí dice que se está muriendo...» Volvió a leer el telegrama y de pronto le sorprendió el sentido exacto de lo que decía. «¿Y si fuera cierto? —se dijo—. ¿Y si en un momento de dolor, ante la cercanía de la muerte, se hubiera arrepentido de veras, y yo, pensando que se trata de un engaño, me niego a acudir? No sólo sería una crueldad, por la que todos me criticarían, sino también una estupidez.» —Piotr, llama un coche. Me voy a San Petersburgo —le dijo a su criado. Alekséi Aleksándrovich había tomado la decisión de volver a San Petersburgo para ver a su mujer. Si la enfermedad era un engaño, se marcharía sin dirigirle la palabra. Pero, si estaba realmente grave, con un pie en la tumba, y deseaba verlo antes de morir, la perdonaría, en caso de encontrarla aún con vida. Y, si llegaba demasiado tarde, le rendiría los honores debidos. Durante todo el camino no volvió a pensar en lo que haría. Con una sensación de fatiga y suciedad, después de pasar la noche en el tren, Alekséi Aleksándrovich, rodeado de esa neblina matinal petersburguesa, avanzaba por la desierta avenida Nevski, con la mirada al frente, sin pensar en lo que le esperaba. No podía pensar en ello porque, cuando se imaginaba lo que iba a suceder, no podía desembarazarse de la idea de que esa muerte resolvería todas sus dificultades. Las panaderías, las tiendas cerradas, los coches nocturnos, los porteros que barrían las aceras pasaban como relámpagos ante sus ojos, y él se fijaba en todo para no seguir pensando en lo que le esperaba, para olvidarse de lo que no se atrevía a desear y sin embargo deseaba. Llegó a la puerta de su casa. En la entrada había un coche de alquiler y otro particular, con el cochero dormido. Al entrar en el vestíbulo, extrajo del rincón más recóndito de su cabeza una decisión, que formuló así: «Si es un engaño, mostrar una calma despectiva y marcharme. Si es verdad, guardar las apariencias». Antes de que tuviera tiempo de llamar, el portero Petrov, a quien todos llamaban Kapitónich, le abrió la puerta; tenía un aspecto extraño con su vieja levita, sin corbata y en zapatillas. —¿Cómo está la señora? —Ayer dio a luz sin ningún contratiempo. Alekséi Aleksándrovich se detuvo y palideció. En ese momento comprendió con toda claridad cuánto había deseado la muerte de Anna. —¿Y de salud? Kornéi, con el delantal que se ponía por las mañanas, bajó corriendo por la escalera. —Muy mal —respondió—. Ayer hubo consulta de médicos. Uno de ellos está ahora arriba. —Ocúpate de mi equipaje —dijo Alekséi Aleksándrovich y, sintiendo cierto alivio al oír que aún quedaba alguna esperanza de que muriera, entró en la antesala. En la percha había un capote militar. Al reparar en él, Alekséi Aleksándrovich preguntó: —¿Quién está en casa? —El médico, la comadrona y el conde Vronski. Alekséi Aleksándrovich pasó a las habitaciones interiores. En el salón no había nadie. Al oír sus pasos, la comadrona salió del despacho de Anna con una cofia de cintas color lila. Se acercó a él y, con esa familiaridad que da la inminencia de la muerte, le cogió del brazo y lo condujo al dormitorio. —¡Gracias a Dios que ha llegado usted! No hace más que llamarle —dijo. — ¡Traigan en seguida el hielo! —dijo el médico desde el dormitorio con voz imperiosa. Alekséi Aleksándrovich entró en el despacho de Anna. A poca distancia de la mesa, sentado de lado en una silla baja, Vronski lloraba, cubriéndose el rostro con las manos. Al oír la voz del médico se levantó de un salto y apartó las manos de la cara. Cuando vio a Alekséi Aleksándrovich, se turbó tanto que volvió a sentarse, hundiendo la cabeza entre los hombros, como si deseara desaparecer en alguna parte. Pero acto seguido, haciendo un esfuerzo, se puso de pie y dijo: —Se está muriendo. El médico ha dicho que no hay esperanzas. Estoy a su disposición, pero permítame que me quede aquí.. En cualquier caso, haré lo que le parezca, pues... Al ver las lágrimas de Vronski, Alekséi Aleksándrovich fue presa de ese desconcierto que le dominaba ante los sufrimientos ajenos. Volvió la cara, sin esperar a que Vronski acabara su frase, y se dirigió apresuradamente a la puerta del dormitorio, desde el que le

llegaba la voz de Anna, alegre, viva, con entonaciones muy netas. Entró y se acercó a la cama. Anna yacía con el rostro vuelto hacia él. Le ardían las mejillas, le brillaban los ojos, las manos menudas y blancas, que asomaban de los puños del camisón, jugaban con la punta de la manta. Por lo visto, no sólo gozaba de buena salud, sino que estaba de un humor inmejorable. Hablaba deprisa, en voz alta, con inflexiones extraordinariamente precisas y expresivas. — Porque Alekséi, me refiero a Alekséi Aleksándrovich (¡qué destino tan extraño y terrible: los dos se llaman Alekséi!), no me lo negaría. Yo lo olvidaría todo y él me perdonaría... Pero ¿por qué no viene? Es bueno. Ni él mismo sabe lo bueno que es. ¡Ah, Dios mío, qué angustia! ¡Dadme agua! ¡Deprisa! Pero será malo para la niña. Bueno, de acuerdo, que se la lleven a la nodriza. Entiendo que es incluso mejor. Cuando él venga, se disgustará si la ve. Lévensela. — Ya ha llegado, Anna Arkádevna. ¡Está ahí! — dijo la comadrona, tratando de llamar su atención sobre Alekséi Aleksándrovich. — ¡Ah, qué absurdo! — prosiguió Anna, sin reparar en la presencia de su marido—. ¡Traedme a la niña! ¡Traédmela! Mi marido todavía no ha llegado. Dicen que no me perdonará, pero ustedes no lo conocen. Nadie lo conoce. Sólo yo, y trabajo me ha costado. Hay que conocer sus ojos. Seriozha los tiene iguales. Por eso no puedo verlos. ¿Le han dado de comer a Seriozha? Seguro que nadie le presta atención. Él no se habría olvidado. Hay que trasladar a Seriozha a la habitación de la esquina y pedirle a Mariette que duerma con él. De pronto se encogió, se calló y, con una expresión de espanto, como si esperara un golpe y quisiera defenderse, se llevó las manos a la cara: había visto a su marido. — No, no — dijo —, no es a él a quien temo, sino a la muerte. Acércate, Alekséi. Me doy prisa porque tengo poco tiempo, me queda poco de vida. En unos instantes me subirá la fiebre y ya no seré capaz de entender nada. Pero ahora lo entiendo todo y lo veo todo. El rostro arrugado de Alekséi Aleksándrovich se contrajo en una expresión de dolor. Le cogió la mano y quiso decir algo, pero no fue capaz de pronunciar palabra. Le temblaba el labio inferior; su emoción era tan grande que casi no podía controlarse y apenas se atrevía a mirarla. Cada vez que lo hacía, veía en sus ojos, fijos en él, una ternura arrebatada y una delicadeza desconocidas. — Espera, no sabes... Espera, espera... — se interrumpió, como si estuviera ordenando sus ideas—. Sí — continuó—. Sí, sí, sí. Esto es lo que quería decirte. No te sorprendas de verme así. Sigo siendo la misma... Pero dentro de mí hay otra mujer, de la que tengo miedo. Es ella quien se ha enamorado de ese hombre. He intentado odiarte, pero no he podido olvidarme de la que era antes. Esa otra mujer no soy yo. Ahora soy la verdadera, de los pies a la cabeza. Me estoy muriendo; sé que me estoy muriendo. Pregúntaselo a él. Siento un peso terrible en los brazos, en las piernas, en los dedos. ¡Mira qué dedos tan enormes! Pero todo esto terminará pronto... Sólo quiero una cosa: que me perdones, que me perdones de verdad. Soy una pecadora, pero recuerdo que mi niñera me hablaba de una santa mártir... ¿Cómo se llamaba?... Era todavía peor que yo. Iré a Roma. Allí hay un desierto. Entonces no molestaré a nadie. Únicamente me llevaré a Seriozha y a la niña... ¡No, no puedes perdonarme! ¡Sé que es imposible perdonar una cosa así! ¡No, no, vete, eres demasiado bueno! — Con una de sus manos ardientes Anna sujetaba la de su marido y con la otra lo rechazaba. El desconcierto de Alekséi Aleksándrovich, que no había dejado de aumentar, alcanzó tales cotas que dejó de luchar con él. De pronto se dio cuenta de que lo que había tomado por mera turbación era en realidad un estado de ánimo beatífico que le permitía gozar de una felicidad nueva, desconocida hasta entonces. No se le había ocurrido que la doctrina cristiana, que siempre había procurado seguir, le conminaba a perdonar y a amar a sus enemigos, pero de pronto la alegría del amor y del perdón embargó su alma. Hincado de hinojos, con la cabeza apoyada en el brazo doblado de Anna, que le quemaba como fuego a través de la manga, sollozaba como un niño. Anna abrazó su cabeza calva, se acercó a él y alzó los ojos con desafiante orgullo. — ¡Así es él! ¡Ya lo sabía yo! ¡Ahora adiós a todos! ¡Adiós!... Ya vienen otra vez. ¿Por qué no se van?... Pero ¡quitadme de encima estos abrigos de piel! El médico le separó las manos, le puso con cuidado la cabeza en la almohada y le cubrió los hombros. Anna se recostó sin rechistar, mirando al frente con ojos brillantes. — Recuerda que sólo necesitaba tu perdón, no pido nada más, nada... ¿Por qué no viene él? — prosiguió, volviéndose hacia la puerta, donde estaba Vronski—. ¡Acércate! ¡Acércate! Dale la mano. Vronski se acercó al pie de la cama y, al verla, volvió a cubrirse el rostro con las manos. — Quitate las manos de la cara y mírale. Es un santo — dijo Anna—. ¡Quitate las manos de la cara de una vez! — exclamó con enfado—. ¡Alekséi Aleksándrovich, hazlo tú! ¡Quiero verle el rostro! Karenin separó las manos de Vronski y descubrió su rostro, en el que se reflejaba una expresión terrible de sufrimiento y vergüenza. — Dale la mano. Perdónale. Alekséi Aleksándrovich le dio la mano, sin contener las lágrimas que se agolpaban en sus ojos. — Gracias a Dios, gracias a Dios — exclamó Anna—. Ya está todo arreglado. Sólo quiero estirar un poco las piernas. Así, muy bien. Qué mal hechas están esas flores. No se parecen nada a las violetas — añadió, señalando el papel pintado—. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Cuándo terminará esto? Déme morfina. ¡Doctor, deme morfina! ¡Dios mío, Dios mío! Y Anna se agitó en la cama. El médico y sus colegas habían dictaminado que se trataba de una fiebre puerperal, mortal en el noventa y nueve por ciento de los casos. Anna pasó todo el día con fiebre, sumida en el delirio y la inconsciencia. A medianoche perdió el sentido y se quedó casi sin pulso. Se esperaba

el desenlace de un momento a otro. Vronski se marchó a su casa, pero volvió por la mañana para ver cómo seguía la enferma. Alekséi Aleksándrovich lo recibió en el vestíbulo y le dijo: —Quédese. Tal vez pregunte por usted. —Y lo condujo él mismo al despacho de su mujer. Por la mañana empezó de nuevo la excitación, la vivacidad, la rapidez de pensamiento y de palabra, y al final de nuevo la inconsciencia. Al tercer día sucedió lo mismo, y el médico dijo que había alguna esperanza. Ese día Alekséi Aleksándrovich entró en el despacho en el que se encontraba Vronski, cerró la puerta y se sentó frente a él. —Alekséi Aleksándrovich —dijo Vronski, sintiendo que se acercaba el momento de la explicación—, no puedo hablar. No entiendo nada. ¡Tenga piedad de mí! Por dolorosa que sea esta situación para usted, créame cuando le digo que es aún más terrible para mí. Hizo intención de levantarse, pero Alekséi Aleksándrovich lo cogió por el brazo. —Le ruego que me escuche. Es necesario. Tengo que aclararle los sentimientos que me han guiado y que me guiarán, para que no se lleve usted a engaños con respeto a mí. Como sabe, había decidido solicitar el divorcio e incluso había iniciado los trámites. Le confieso que al principio no estaba seguro, me atormentaba. Reconozco que me guiaba el deseo de vengarme de usted y de ella. Al recibir el telegrama, vine aquí con el mismo sentimiento. Y le diré más: deseaba la muerte de Anna... Pero —hizo un pausa, como sopesando si descubrirle sus sentimientos o no—, pero la ví y la perdoné. Y la felicidad del perdón me ha revelado mi deber. Se lo he perdonado todo. Quiero ofrecer la otra mejilla, quiero darle mi camisa a quien me arrebató el abrigo. Y lo único que le pido a Dios es que no me quite la alegría del perdón. —Los ojos se le llenaron de lágrimas. Su mirada clara y serena sorprendió a Vronski—. Ésa es mi situación. Puede usted arrastrarme por el barro, convertirme en el hazmerreír del mundo entero, pero nunca abandonaré a mi esposa ni le dirigiré a usted una palabra de reproche —prosiguió—. He comprendido con toda claridad cuál es mi deber: estar a su lado, y eso es lo que voy a hacer. Si ella desea verle, le avisaré a usted, pero por el momento creo que es mejor que se vaya. Karenin se levantó. Los sollozos habían interrumpido su discurso Vronski se puso en pie y, encorvado todavía, sin enderezarse del todo, lo miró de reojo. Estaba abatido. No comprendía los sentimientos de Alekséi Aleksándrovich, pero barruntaba que no sólo eran muy elevados, sino inaccesibles para un hombre con una concepción del mundo como la suya. XVIII. Después de la conversación con Alekséi Aleksándrovich, Vronski salió de la casa y se detuvo, preguntándose dónde estaba y adonde tenía que dirigirse. Se sentía avergonzado, vejado, culpable, privado de cualquier posibilidad de lavar su humillación. Tenía la impresión de haberse salido de ese camino que con tanta facilidad y orgullo había seguido hasta entonces. Todos sus hábitos y reglas de vida, que tan sólidos le habían parecido, de pronto resultaban falsos e inaplicables. El marido burlado, que hasta ese momento se le había antojado una figura lastimosa, un obstáculo casual y algo ridículo en la busca de la felicidad, de pronto se había elevado, gracias a ella, a una altura asombrosa, y una vez allí, lejos de parecer malvado, falso o irrisorio, había dado muestras de bondad, sencillez y generosidad. Vronski no podía dejar de reconocerlo. Sus papeles respectivos de pronto habían cambiado. Vronski era consciente de la elevación de Karenin y de su caída, comprendía que su oponente tenía razón y que él estaba equivocado. Se daba cuenta de que el marido había sido magnánimo, incluso en su dolor; mientras él había sido mezquino y miserable en su mentira. Pero la conciencia de su inferioridad ante ese hombre, al que había despreciado de manera injusta, constituía sólo una pequeña parte de su desdicha. Se sentía infinitamente desdichado porque su pasión por Anna, que en los últimos tiempos se había enfriado, se había vuelto más fuerte que nunca, al saber que la iba a perder para siempre. La había visto tal como era a lo largo de toda su enfermedad, había llegado a conocer su alma, y tenía la impresión de que hasta entonces no la había amado. Y ahora que la conocía y la amaba como debía, había sido humillado delante de ella, la había perdido para siempre, dejando un recuerdo oprobioso de sí mismo. Pero lo más terrible de todo había sido su posición ridícula y humillante cuando Alekséi Aleksándrovich le retiró las manos de su cara avergonzada. Seguía de pie en la entrada de la casa, como perdido, y no sabía qué hacer. — ¿Quiere que llame a un coche? —preguntó el portero. —Sí. Al regresar a su casa después de tres noches sin dormir, Vronski, sin desvestirse, se tumbó boca abajo en el sofá, apoyando la cabeza en los brazos cruzados. Sentía una especie de opresión en la cabeza. Imágenes, recuerdos y pensamientos de lo más extraño se sucedían con extraordinaria rapidez y claridad. Tan pronto le daba una medicina a la enferma, llenando demasiado la cuchara, como veía los brazos blancos de la comadrona o la extraña postura de Alekséi Aleksándrovich, arrodillado delante de la cama. «¡Duerme y olvida!», se decía, con esa serena certidumbre de las personas sanas, convencidas de que, si están cansadas y desean dormir, lo conseguirán en el acto. En efecto, en ese mismo instante todo se confundió en su cabeza y empezó a hundirse en el abismo del olvido. Las olas del mar de la inconsciencia empezaban a asaltar ya su cabeza cuando de pronto se estremeció con todo el cuerpo, como sacudido por una violenta sacudida eléctrica, dio un salto sobre los muelles del sofá y, apoyándose en las manos, se puso de rodillas, lleno de espanto. Tenía los ojos como platos, como si no hubiese dormido nunca. La opresión de la cabeza y la lasitud de los miembros que había sentido unos minutos antes de pronto desaparecieron. «Puede usted arrastrarme por el barro»,

oyó las palabras de Alekséi Aleksándrovich y lo vio delante de él; también vio el rostro ardiente de Anna, con sus ojos brillantes, que miraban con ternura y amor a Karenin, no a él; y vio su propia figura, estúpida y ridícula, según le parecía, cuando Alekséi Aleksándrovich le había apartado las manos de la cara. De nuevo estiró las piernas, se desplomó sobre el sofá, adoptó la misma postura de antes y cerró los ojos. «¡Dormir! ¡Dormir!», repetía. Pero con los ojos cerrados se representaba con mayor nitidez aún el rostro de Anna, tal como lo había visto la memorable tarde de las carreras. —Ya es agua pasada, jamás volverá, y ella desea borrarlo de su recuerdo. Pero yo no puedo vivir sin eso. ¿Cómo podríamos reconciliarnos? ¿Cómo? —dijo en voz alta, y empezó a repetir inconscientemente esas palabras. Por unos instantes la repetición impidió que se abrieran paso las nuevas imágenes y recuerdos que se agolpaban ya en su cabeza. Pero la estratagema no duró mucho. De nuevo empezaron a sucederse uno tras otro, a una sorprendente velocidad, los mejores momentos, junto con esa reciente humillación. «Quítate las manos», decía la voz de Anna. Él las apartaba y se daba cuenta de que su aspecto era estúpido y vergonzoso. Seguía tumbado, tratando de dormirse, aunque era consciente de que no había la menor esperanza, y no hacía más que repetirse en un susurro palabras sueltas que le sugería algún recuerdo, con el propósito de impedir la aparición de nuevas imágenes. Aguzó el oído y oyó un susurro extraño y demencial: «No has sabido apreciarlo. No has sabido disfrutar. No has sabido apreciarlo. No has sabido disfrutar». «¿Qué es esto? ¿No me estaré volviendo loco? —se dijo—. Tal vez. ¿Por qué la gente pierde la razón? ¿Por qué se descerraja un tiro?», se preguntó y, abriendo los ojos, vio con asombro, a un lado de su cabeza, la almohada bordada por Varia, la mujer de su hermano. Palpó la borla e intentó acordarse de Varia, de la última vez que la había visto. Pero le resultaba penoso concentrarse en algo que no estuviera relacionado con lo que le obsesionaba. «¡No, tengo que dormirme!» Acercó la almohada y apoyó la cabeza, pero tuvo que hacer un esfuerzo para no abrir los ojos. De pronto se incorporó de un salto. «Todo ha terminado para mí —se dijo—. Es preciso que piense en lo que debo hacer. ¿Qué me queda?» En una especie de fogonazo se imaginó la vida que le esperaba privado del amor de Anna. «¿La ambición? ¿Serpujovski? ¿La sociedad? ¿La corte?» Ninguna de esas cosas consiguió atraer su atención. Antes todo eso tenía significado, pero ahora había perdido su importancia. Se levantó del sofá, se quitó la levita, se aflojó el cinturón y, tras descubrir el velludo pecho, para respirar más libremente, empezó a pasearse por la habitación. «Así es como la gente pierde la razón —repitió—. Así es como se descerraja un tiro... para no avergonzarse», añadió lentamente. Se acercó a la puerta y la cerró. Luego, con la mirada fija y los dientes muy apretados, se dirigió a la mesa, cogió la pistola, la examinó, dio vueltas al cilindro hasta encontrar una bala en la recámara y se quedó pensativo. Pasó un par de minutos inmóvil, la pistola en la mano, la cabeza agachada, la expresión reconcentrada. «Desde luego», se dijo, como si el curso lógico, prolongado y preciso de sus pensamientos le hubiese llevado a una conclusión inevitable. En realidad, ese «desde luego» que sonaba tan convincente no era más que una consecuencia de la repetición de recuerdos e ideas a la que se había entregado decenas de veces en el curso de una hora. Eran los mismos recuerdos de esos tiempos felices perdidos para siempre, las mismas consideraciones sobre la falta de sentido de su vida futura, la misma conciencia de su humillación. La misma sucesión de imágenes y sentimientos. «Desde luego», repitió, cuando ese círculo mágico de memoria y pensamiento empezó a girar por tercera vez en su cabeza. Apoyó entonces el revólver en la parte izquierda del pecho y, apretando con fuerza la mano, como si quisiera encerrarlo en el puño, oprimió el gatillo. No oyó el ruido del disparo, pero un golpe violento en el pecho le hizo tambalearse. Quiso agarrarse al borde de la mesa, soltó el arma, vaciló y se sentó en el suelo, mirando desconcertado a su alrededor. No reconocía su habitación, pues lo veía todo desde abajo: las patas curvas de la mesa, la papelera y la piel de tigre. Los rápidos y rechinantes pasos del criado, que atravesaba el salón, le obligaron a dominarse. Haciendo un esfuerzo, acabó por comprender que estaba en el suelo, y, al ver la sangre en su mano y en la piel de tigre, se dio cuenta de que se había disparado. — ¡Qué estupidez! He fallado —murmuró, tanteando con la mano en busca de la pistola. El arma estaba a su lado, pero él la buscaba más lejos. Llevado de su afán por encontrarla, se estiró hacia el otro lado, pero, incapaz de guardar el equilibrio, se desplomó, bañado en sangre. Al ver a su amo tendido en el suelo, el criado, hombre elegante y de vistosas patillas, que solía quejarse a sus conocidos de la debilidad de sus nervios, se asustó tanto que, en lugar de cortarle la hemorragia, salió corriendo en busca de ayuda. Al cabo de una hora llegó Varia, la mujer de su hermano, y, con la ayuda de tres médicos que había mandado buscar por todas partes y que llegaron al mismo tiempo, llevó al herido a la cama y se quedó en su casa para cuidarlo. XIX. Cuando se disponía a ir a ver a su mujer, Alekséi Aleksándrovich no había contado con la posibilidad de que su arrepentimiento fuera sincero, de que acabara perdonándola de verdad y de que ella se restableciera. Dos meses después de regresar de Moscú comprendió la magnitud del error que había cometido. No sólo es que no hubiera contado con esa posibilidad, sino que hasta el día en que la vio moribunda no había conocido los sentimientos de su corazón. A la cabecera de su mujer enferma, se entregó por primera vez en su vida a esa tierna compasión que despertaban en él los sufrimientos

ajenos, de la que antes tanto se había avergonzado, como si fuese una debilidad peligrosa. La compasión por Anna, el arrepentimiento por haber deseado su muerte y, sobre todo, la misma alegría del perdón, no sólo habían aliviado sus sufrimientos, sino que le habían comunicado una paz interior desconocida hasta entonces. De pronto comprendió que lo mismo que había sido fuente de padecimientos se había convertido en fuente de alegrías espirituales, y lo que le había parecido insoluble cuando condenaba, reprochaba y odiaba, se había vuelto claro y sencillo ahora que amaba y perdonaba. Había perdonado a su mujer y se compadecía de ella por sus sufrimientos y su arrepentimiento. Había perdonado a Vronski y lo compadecía, sobre todo después de los rumores que le habían llegado de su acto de desesperación. También se compadecía de su hijo más que antes, y se reprochaba haberse ocupado tan poco de él. En cuanto a la recién nacida, no sólo sentía piedad, sino incluso ternura. En un principio se había ocupado de esa débil criatura movido exclusivamente por la compasión. Desatendida por todos durante la enfermedad de la madre, puede que hubiera muerto de no haber sido por sus cuidados. Sin apenas darse cuenta, se había encariñado de ella. Iba a su habitación varias veces al día y se quedaba allí largo rato. Al principio la niñera y la nodriza se sentían intimidadas por su presencia, pero después se acostumbraron. A veces se pasaba media hora en silencio, contemplando la carita arrugada de la niña dormida, de un rojo azafranado y cubierta de una especie de pelusa, observando los movimientos de la frente fruncida y las manos gordezuelas, de dedos engarabitados, con las que se frotaba los ojos y la nariz. En tales momentos Alekséi Aleksándrovich gozaba de una serenidad completa, se sentía en paz consigo mismo y no veía nada extraordinario en su situación, nada que fuera necesario cambiar. Pero, a medida que pasaba el tiempo, era cada vez más consciente de que, por muy natural que le pareciera esa situación, no podría prolongarse mucho. Notaba que, además de la sublime fuerza espiritual que guiaba su alma, había otra más vulgar, igual de poderosa, si no más, que guiaba su vida, y que esa fuerza no le concedería la discreta paz que anhelaba. Advertía que todos le miraban con estupor y sorpresa, que no le comprendían y esperaban que diera algún paso. Y sobre todo notaba lo inestables y poco naturales que eran las relaciones con su mujer. Cuando desapareció el enternecimiento causado por la proximidad de la muerte, Alekséi Aleksándrovich observó que Anna le temía, se sentía incómoda en su presencia y no se atrevía a mirarle directamente a los ojos. Era como si quisiera algo, pero no se decidiera a decírselo, y también como si presintiera que sus relaciones no podían continuar así y esperase alguna decisión por parte de su marido. A finales de febrero la recién nacida, a la que también dieron el nombre de Anna, enfermó. Alekséi Aleksándrovich pasó a verla por la mañana y, después de dar órdenes de que fueran a buscar al médico, se marchó a su oficina. Regresó a casa pasadas ya las tres, una vez despachados los asuntos pendientes. Al entrar en el vestíbulo, se encontró con un apuesto criado, que vestía una levita con galones y una pelerina de piel de oso y llevaba en las manos una capa blanca de perro americano. — ¿Quién ha venido? — preguntó Alekséi Aleksándrovich. — La princesa Yelizaveta Fiódorovna Tverskaia — respondió el criado con una sonrisa, según le pareció a Karenin. A lo largo de esos tiempos tan penosos Alekséi Aleksándrovich había reparado en que sus conocidos de la alta sociedad, sobre todo las mujeres, mostraban un interés especial por Anna y por él. Notó que todos esos conocidos apenas podían ocultar su alegría, esa misma alegría que había visto en los ojos del abogado y ahora en los del criado. Todos parecían estar entusiasmados, como si se dispusieran a participar en una boda. Cuando se encontraban con Karenin, le preguntaban por la salud de su mujer sin apenas disimular su satisfacción. La presencia de la princesa Tverskaia le desagradaba, no sólo por los penosos recuerdos asociados a ella, sino también porque nunca le había caído bien. Se dirigió directamente a las habitaciones de los niños. En la primera, Seriozha, con el pecho apoyado en la mesa y los pies sobre una silla, dibujaba algo, charlando alegremente. La institutriz inglesa que había sustituido a la francesa durante la enfermedad de Anna, sentada al lado del niño con su labor en encaje, se levantó al momento, le hizo una reverencia y tiró a Seriozha de la manga. Alekséi Aleksándrovich acarició los cabellos de su hijo, respondió a la pregunta de la institutriz acerca la salud de su esposa y le preguntó qué había dicho el médico del baby. — Ha dicho que no es nada grave, señor, y le ha prescrito unos baños. — Pero sigue teniendo dolores — repuso Alekséi Aleksándrovich, prestando oídos a los gritos de la niña en la habitación contigua. — Creo que la nodriza no sirve, señor — dijo la inglesa con resolución. — ¿Qué le hace pensar eso? — preguntó Karenin, deteniéndose. — Lo mismo pasó en casa de la condesa Paul, señor. También le administraron medicinas a la criatura, pero resultó que sólo tenía hambre. La nodriza no tenía leche, señor. Alekséi Aleksándrovich se quedó pensativo unos segundos y a continuación entró en la habitación contigua. Con la cabeza echada hacia atrás, la niña se retorció en los brazos de la nodriza, rechazaba el opulento pecho que se le ofrecía y no paraba de gritar, a pesar de que tanto la nodriza como la niñera, inclinadas sobre ella, le chistaban. — Entonces, ¿no se encuentra mejor? — preguntó Alekséi Aleksándrovich. — Está muy inquieta — respondió la niñera en un susurro. — Miss Edwards cree que tal vez la nodriza no tenga leche — dijo Karenin. — Lo mismo pienso yo, Alekséi Aleksándrovich. — ¿Y por qué no lo ha dicho antes? — ¿Y a quién iba a decírselo? Anna Arkádevna sigue enferma — replicó la niñera de mala gana. La

niñera llevaba mucho tiempo en la casa. En esas sencillas palabras a Karenin le pareció entender una alusión a su situación. La niña gritaba cada vez más, se ahogaba y enronquecía. La niñera hizo un gesto con la mano, se acercó a ella, la tomó de brazos de la nodriza y se puso a mecerla, al tiempo que paseaba por la habitación. —Hay que pedirle al médico que reconozca a la nodriza —dijo Alekséi Aleksándrovich. Temiendo perder su puesto, la nodriza, una mujer de aspecto saludable, vestida con elegancia, farfulló algo entre dientes, ocultó su generoso pecho y sonrió con desprecio, al ver que dudaban de que tuviera suficiente leche. También en esa sonrisa Alekséi Aleksándrovich creyó ver una alusión a su situación. — ¡Pobre niña! —exclamó la niñera, chistando a la pequeña, sin dejar de andar. Alekséi Aleksándrovich se sentó en una silla y, con una expresión de amargura y sufrimiento, siguió las idas y venidas de la niñera. Una vez que ésta, después de calmar por fin a la niña, la metió en su honda cuna, le arregló la almohada y se alejó, Alekséi Aleksándrovich se levantó y, andando de puntillas con cierta torpeza, se acercó a la pequeña. Guardó silencio por espacio de un minuto, mientras la contemplaba con cara triste. Pero de pronto esbozó una sonrisa, que le movió los cabellos y le frunció la piel de la frente, y salió sin hacer ruido de la habitación. Una vez en el comedor, llamó al criado y le ordenó que volvieran a avisar al médico. Se sentía enojado con su mujer porque no se ocupaba de esa encantadora niña, y en semejante estado de irritación no le apetecía entrar a verla, ni tampoco saludar a la princesa. Pero a Anna podía sorprenderle que no fuese a su habitación, como tenía por costumbre. Por eso, haciendo un esfuerzo, se dirigió al dormitorio. Gracias a la mullida alfombra, que amortiguaba el rumor de sus pasos, mientras se acercaba a la puerta escuchó sin querer la siguiente conversación: —Si él no se marchara, entendería la negativa de usted y la de su marido. Pero Alekséi Aleksándrovich debe estar por encima de estas cosas —decía Betsy. —No es por mi marido por lo que no quiero verle, sino por mí misma. ¡No me hable de ese tema! —respondió Anna con voz agitada. —Pero es imposible que no desee usted despedirse del hombre que se ha pegado un tiro por usted... —Por eso es por lo que no quiero. Alekséi Aleksándrovich se detuvo con expresión temerosa y culpable y quiso volver sobre sus pasos antes de que repararan en su presencia. Pero, juzgando que semejante actitud no sería digna, decidió seguir adelante y, carraspeando, entró en el dormitorio. En cuanto lo vieron, las dos mujeres dejaron de hablar. Anna estaba sentada en una otomana, envuelta en una bata gris, la redonda cabeza coronada por una espesa mata de cabellos negros, cortados a cepillo. Como siempre que veía a su marido, la animación de su rostro desapareció en el acto. Bajó la vista y miró con inquietud a Betsy, vestida a la última moda, con un sombrero que se erguía sobre su cabeza como una pantalla sobre una lámpara, y un traje gris azulado de rayas diagonales, de un lado en el corpiño y del otro en la falda. Sentada cerca de Anna, irguió la figura alta y sin curvas, inclinó la cabeza y acogió a Alekséi Aleksándrovich con una sonrisa irónica. — ¡Ah! —exclamó, como sorprendida—. Me alegro mucho de que esté usted en casa. Como no va usted a ninguna parte, no lo veo desde que enfermó Anna. Estoy enterada de los muchos cuidados que le ha prodigado. ¡Sí, es usted un marido admirable! —añadió con una mirada acariciadora y llena de significado, como si le estuviera imponiendo una medalla por la magnanimidad de que había hecho gala con su esposa. Alekséi Aleksándrovich la saludó con frialdad y, después de besar la mano de su mujer, le preguntó por su salud. —Me parece que estoy mejor —respondió Anna, evitando su mirada. —Pues por el color de tu cara se diría que tienes fiebres —repuso Karenin, enfatizando esa última palabra. —Hemos hablado demasiado —intervino Betsy—. Comprendo que ha sido una actitud egoísta por mi parte, pero ya me voy. Se levantó, pero Anna, de repente, se puso colorada y le cogió la mano con un gesto brusco. —No, quédate, por favor. Tengo que decirle... No, a usted —añadió, dirigiéndose a Alekséi Aleksándrovich, y su frente y su cuello se cubrieron de rubor—. Ni quiero ni puedo tener ningún secreto con usted. —Alekséi Aleksándrovich bajó la cabeza y crujió los nudillos—. Betsy me ha dicho que el conde Vronski desea venir a despedirse antes de partir para Tashkent. —No miraba a su marido y, por lo visto, se daba prisa en contárselo todo, por muy penoso que le resultase—. Le he dicho que no puedo recibirlo. —Lo que ha dicho usted, querida mía, es que todo dependía de Alekséi Aleksándrovich —la corrigió Betsy. —No, no puedo recibirlo, y no hay razón para... —De pronto se interrumpió y miró con aire interrogativo a su marido, que no la estaba mirando—. En resumidas cuentas, no quiero... Alekséi Aleksándrovich se acercó e hizo intención de cogerle la mano. La primera reacción de Anna fue apartarla de la de su marido, húmeda, con grandes venas hinchadas; pero al final, haciendo un esfuerzo evidente, se la apretó. — Le agradezco mucho su confianza, pero... —dijo Karenin, con irritación y despecho, dándose cuenta de que no era capaz de exponer ante la princesa Tverskaia algo que habría podido resolver a solas con la mayor facilidad. Aquella mujer encarnaba esa fuerza bruta que dirigía su vida a los ojos del mundo y le impedía entregarse a sus sentimientos de amor y perdón. Se interrumpió y se la quedó mirando. —Bueno, adiós, querida —dijo Betsy, levantándose. Besó a Anna y salió. Karenin la acompañó. — ¡Alekséi Aleksándrovich! Sé que es usted un hombre verdaderamente magnánimo —dijo Betsy, deteniéndose en la salita y apretándole la mano una vez más con especial firmeza—. No es un asunto de mi incumbencia, pero le tengo tanto cariño a Anna y le respeto tanto a usted que voy a permitirle darle



un consejo. Recíbalo. Alekséi Vronski es la personificación del honor y se marcha a Tashkent. —Le agradezco su interés y sus consejos, princesa. Pero es mi mujer quien debe resolver la cuestión de si debe o no debe recibir a alguien. Pronunció esas palabras arqueando las cejas en un gesto lleno de dignidad, como tenía por costumbre, pero en seguida se dio cuenta de que, cualesquiera que fueran sus palabras, su situación no podía ser digna en ningún caso. Y así lo comprobó al contemplar la sonrisa contenida, irónica y malévola que Betsy le dirigió cuando acabó su frase.

XX. Después de despedir a Betsy en la sala, Alekséi Aleksándrovich volvió a la habitación de su mujer. Anna estaba tumbada, pero, al oír los pasos de su marido, se apresuró a adoptar la misma postura de antes y lo miró asustada. Karenin se dio cuenta de que había estado llorando. —Te agradezco mucho tu confianza en mí —dijo con voz sumisa, repitiendo en ruso el mismo comentario que había hecho en francés a Betsy, y a continuación se sentó a su lado. Cuando se dirigía a ella en ruso y la tuteaba, Anna sentía una irritación irreprimible—. Y te agradezco mucho la decisión que has tomado. También yo considero que, ya que se marcha, no hay ninguna razón para que el conde Vronski venga por aquí. En cualquier caso... —Ya he dicho lo que tenía que decir. ¿Para qué repetirlo? —le interrumpió de pronto Anna, incapaz de dominar su irritación. «No hay ninguna razón para que un hombre se despida de la mujer a la que ama —pensó—, por la que ha intentado matarse y ha arruinado su vida, y que no puede vivir sin él. ¡No hay ninguna razón!» Apretó los labios y clavó sus ojos brillantes en las manos de venas protuberantes de su marido, que se las frotaba lentamente. —No volvamos a hablar nunca de este tema —añadió, ya más tranquila. —Te he dejado resolver ese asunto, y me alegra mucho ver... —empezó Karenin. —Que mis deseos coinciden con los tuyos —se apresuró Anna a concluir la frase. Le molestaba que su marido hablara tan despacio cuando ella sabía de antemano todo lo que iba a decir. —Sí —corroboró Karenin—, y la princesa Tverskaia no tiene ningún derecho a inmiscuirse en asuntos familiares tan complejos. Sobre todo ella que... —No concedo ningún crédito a esas murmuraciones —le interrumpió Anna—. Lo único que sé es que me profesa un afecto sincero. Alekséi Aleksándrovich suspiró y guardó silencio. Anna jugueteaba inquieta con las borlas de su bata y lo miraba con esa dolorosa sensación de repulsión física que tanto se reprochaba, pero que no podía dominar. Lo único que deseaba en esos momentos era librarse de su odiosa presencia. —Acabo de enviar a buscar al médico —dijo Alekséi Aleksándrovich. —¿Para qué? Ya me encuentro bien. —La niña no deja de gritar. Me han dicho que la nodriza tiene poca leche. —¿Por qué no me dejaste que le diera el pecho cuando te lo pedí? Pero da igual. —Alekséi Aleksándrovich entendió lo que significaba ese «da igual». Es una criaturita y la dejarán morir. —Llamó y pidió que le llevaran a la niña—. Pedí que me dejaran darle el pecho, no me lo permitieron y ahora me echan la culpa. —No te echo la culpa... —¡Sí que me la echas! ¡Dios mío! ¿Por qué no me habré muerto? —Y estalló en sollozos—. Perdóname, estoy nerviosa y no sé lo que digo —dijo, recobrando la serenidad—. Pero te ruego que te vayas... «No, esto no puede seguir así», se dijo con resolución Alekséi Aleksándrovich al salir de la habitación. Jamás se le había revelado con tanta claridad como ahora la imposibilidad de prolongar esa situación ante los ojos del mundo, el odio que su mujer sentía por él y, en general, el poder de esa fuerza misteriosa y brutal que, oponiéndose a las aspiraciones de su alma, guiaba su vida y exigía la plasmación de su voluntad y un cambio en las relaciones con su mujer. Se daba perfecta cuenta de que el mundo entero y su mujer exigían algo de él, pero no sabía exactamente qué. Y, como consecuencia, notaba que en su alma iba creciendo un sentimiento de ira que destruía su serenidad y todo el mérito de su hazaña. Consideraba que para Anna sería mejor romper cualquier contacto con Vronski; pero si ellos mismos lo juzgaban imposible, estaba dispuesto a tolerar de nuevo la relación, con tal de que el honor de los niños no sufriera el menor menoscabo, de que no le privaran de su compañía y de que no le obligaran a cambiar su situación. Por mala que fuera esa solución, era preferible a una ruptura, que colocara a Anna en una situación vergonzosa y desesperada, y a él le privaría de todo cuanto amaba. Pero se sentía impotente. Sabía por anticipado que todo estaba en su contra, que no le dejarían hacer lo que ahora le parecía tan natural y justo; al contrario, le obligarían a dar pasos equivocados, pero que el mundo consideraba necesarios.

XXI. Antes de que Betsy tuviera tiempo de atravesar la puerta de la sala, se topó con Stepán Arkádevich, que acababa de volver de Yeliséiev, donde habían recibido unas ostras frescas. —¡Ah, princesa! ¡Qué encuentro tan agradable! —exclamó—. He estado en su casa. —No puedo dedicarle mucho tiempo porque me marcho ya —dijo Betsy con una sonrisa, mientras se ponía un guante. —Espere, princesa, permítame que le bese la mano. Lo que más me satisface de que se hayan vuelto a imponer las modas antiguas es esa costumbre de besar la mano a las damas. —Le besó la mano a Betsy—. ¿Cuándo podemos vernos? —No se lo merece usted —respondió Betsy, sin dejar de sonreír. —Sí, ya lo creo que me lo merezco, porque me he convertido en una persona muy formal. No sólo arreglo mis propios asuntos, sino también los ajenos —dijo con una expresión significativa. —¡Ah, cuánto me alegro! —replicó Betsy, comprendiendo en seguida que se refería a Anna. Los dos entraron en la sala y se detuvieron en un rincón—. La va a matar —dijo Betsy con convicción—. Es imposible, imposible... —Me alegro de que piense usted así —dijo Stepán Arkádevich, sacudiendo la cabeza, con

una expresión grave, apenada y compasiva—. Por eso he venido a San Petersburgo. —En la ciudad no se habla de otra cosa —dijo Betsy—. Es una situación imposible. Anna se está consumiendo a ojos vistas. Karenin no entiende que es una de esas mujeres que no pueden jugar con sus sentimientos. Una de dos: o actúa energicamente y se la lleva o le concede el divorcio. Pero este estado de cosas la está matando. —Sí, sí... precisamente... —dijo Oblonski, suspirando—. Por eso he venido. Es decir, no sólo por eso... Me han nombrado gentilhombre de cámara y tengo que darle las gracias a quien corresponde. Pero lo principal es arreglar este asunto. — ¡Bueno, que Dios le ayude! —dijo Betsy. Tras acompañar a Betsy a la entrada, besarle una vez más la mano por encima del guante, donde late el pulso, y soltarle una broma tan indecorosa que la princesa no supo si reírse o enfadarse, Stepán Arkádevich pasó a ver a su hermana. La encontró bañada en lágrimas. A pesar de la chispeante alegría que le embargaba, Oblonski adoptó en seguida, con la mayor naturalidad, el tono compasivo, poético y emotivo que convenía al humor de Anna. Le preguntó por su salud y cómo había pasado la mañana. —Muy mal, muy mal. Y la tarde lo mismo. Y todo mi pasado lo mismo. Y los días que me esperan lo mismo —contestó Anna. —Me parece que lo ves todo demasiado negro. Hay que sobreponerse, mirar la vida de frente. Sé que es duro, pero... —He oído que las mujeres aman a los hombres hasta por sus vicios —dijo de pronto Anna—, pero yo a mi marido lo odio por sus virtudes. No puedo vivir con él. Entiéndelo, su aspecto me afecta físicamente, me saca de mis casillas. No puedo vivir con él. No puedo. ¿Qué voy a hacer? Antes era desdichada y creía que no era posible serlo más, pero jamás podía imaginarme una situación como la que estoy viviendo ahora. Figúrate, aunque reconozco que es un hombre bondadoso e intachable, aunque sé que no le llego ni a la suela de los zapatos, lo odio. Lo odio por su magnanimidad. Y no me queda otra salida que... Iba a decir «la muerte», pero Stepán Arkádevich no la dejó terminar. —Estás enferma e irritada —dijo—. Créeme cuando te digo que exageras mucho las cosas. Te aseguro que tu situación no es tan terrible. Y Stepán Arkádevich sonrió. Ninguna otra persona en su lugar se habría permitido una reacción así ante una mujer entregada a tamaña desesperación (semejante actitud habría parecido una falta de delicadeza), pero en su sonrisa había tanta bondad, además de una ternura casi femenina, que, lejos de ofender, calmaba y consolaba. Sus palabras serenas y apaciguadoras y su sonrisa producían el mismo efecto relajante que el aceite de almendras. Y Anna no tardó en notarlo. —No, Stiva —dijo—. ¡Estoy perdida, perdida! Peor aún. Aún no estoy perdida, no puedo decir que todo ha terminado. Al contrario, me doy cuenta de que todavía no ha terminado. Soy como una cuerda demasiado tensa que tiene que romperse. Pero aún no ha terminado todo... Y el final será terrible. —No pasa nada, la cuerda puede aflojarse. No hay situación que no tenga alguna salida. —Después de darle muchas vueltas, no veo más que una... Dándose cuenta, por la mirada asustada de su hermana, de que de nuevo estaba pensando en la muerte, Stepán Arkádevich no le dejó terminar. —Nada de eso —replicó—. Escúchame. No puedes juzgar tu situación como yo. Permíteme que te exponga con sinceridad mi opinión. —De nuevo esbozó una de esas discretas sonrisas que eran como el aceite de almendras—. Empezaré por el principio: te casaste con un hombre que era diez años mayor que tú. Te casaste sin amor, o al menos sin conocer el amor. Vamos a suponer que fuera un error. — ¡Un error terrible! — exclamó Anna. —Pero te lo repito: es un hecho que no tiene vuelta de hoja. Luego has tenido la desgracia, digámoslo así, de enamorarte de otro hombre. Es una desgracia, pero también un hecho que no tiene vuelta de hoja. Tu marido lo ha aceptado y te ha perdonado. —Después de cada frase hacía una pausa, esperando alguna objeción por parte de su hermana, pero Anna no decía nada—. Así están las cosas. La cuestión ahora es la siguiente: ¿puedes seguir viviendo con tu marido? ¿Es eso lo que quieres? ¿Lo quiere él? —No sé nada, nada. —Pero tú misma has dicho que no puedes soportarlo. —No, yo no he dicho eso. Retiro mis palabras. No sé nada, no entiendo nada. —Pero permíteme... —Tú no puedes entenderlo. Siento que estoy cayendo cabeza abajo por un abismo y que no debo salvarme. Y que además no puedo. —No importa. Pondremos algo debajo y te cogemos antes de que llegues al suelo. Te comprendo, comprendo que no te atrevas a expresar tus deseos, tus sentimientos. —No deseo nada, absolutamente nada... Sólo que todo esto termine de una vez. —También él lo ve y se da cuenta. ¿Es que crees que no sufre tanto como tú? Tú te atormentas, él se atormenta... ¿Cómo va a acabar todo esto? En cambio, el divorcio podría resolverlo todo. Había expuesto, no sin esfuerzo, su idea principal, y ahora la miraba con aire significativo. Anna, sin responder palabra, negó con la cabeza. Pero por la expresión de su cara, que se iluminó de pronto con la belleza de antaño, Oblonski se dio cuenta de que si no deseaba esa solución era porque la consideraba una suerte de felicidad imposible. — ¡Me da mucha pena de vosotros! ¡No sabes cuánto me alegraría poder arreglar la situación! —dijo Stepán Arkádevich, sonriendo ya con mayor aplomo—. ¡No digas nada! ¡No digas nada! ¡Si Dios me permitiera expresar lo que siento! Voy a ir a verlo. Anna miró a su hermano con ojos pensativos y brillantes y no dijo nada. XXII. Stepán Arkádevich entró en el despacho de Alekséi Aleksándrovich con la expresión un tanto solemne con que solía ocupar el sillón presidencial de la Audiencia. Alekséi Aleksándrovich, con las manos a la espalda, recorría la habitación, pensando en lo mismo que Oblonski había estado hablando con su hermana. — ¿Te molesto?

—preguntó Stepán Arkádevich, turbándose de pronto al ver a su cuñado, algo que le sucedía rara vez. Para disimularlo, sacó una petaca de cierre especial que había comprado recientemente, olió la piel y extrajo un cigarrillo.

—No. ¿Puedo servirte en algo? —respondió Alekséi Aleksándrovich de mala gana. —Sí, quería... necesitaba... Sí, necesitaba hablar contigo —dijo Stepán Arkádevich, sorprendido del inusitado azoramiento que le embargaba. Ese sentimiento era tan extraño e inesperado que Oblonski no reconoció la voz de su conciencia, que le prevenía de que iba a cometer una mala acción. Haciendo un esfuerzo, consiguió vencer la timidez que se había apoderado de él—.

No creo necesario decirte lo mucho que quiero a mi hermana y el afecto y el respeto que te profeso a ti —dijo, ruborizándose. Alekséi Aleksándrovich se detuvo y, aunque no dijo nada, su expresión de víctima resignada sorprendió a Oblonski—. Me disponía... Quería hablar contigo de mi hermana y de vuestra situación —prosiguió Stepán Arkádevich, sin lograr desembarazarse de ese apocamiento tan insólito. Alekséi Aleksándrovich miró a su cuñado con una sonrisa triste y, sin pronunciar palabra, se acercó a la mesa, cogió una carta inacabada y se la tendió.

—No dejo de pensar en esa cuestión. Y al final me he decidido a escribir esto, pensando que me expresaría mejor por escrito, ya que mi presencia la irrita —dijo. Stepán Arkádevich cogió la carta, contempló con incrédulo asombro los ojos turbios de su cuñado, fijos en los suyos, y empezó a leer: Me doy cuenta de que mi presencia le molesta. Por penoso que me resulte reconocerlo, entiendo que es así y que no puede ser de otra manera. No la culpo. Dios es testigo de que, durante su enfermedad, tomé la firme resolución de olvidar todo lo que ha pasado entre nosotros y empezar una nueva vida. No me arrepiento ni me arrepentiré nunca de lo que hice entonces. Sólo deseaba su bien, el bien de su alma. Pero ahora veo que no lo he conseguido. Dígame usted misma qué puedo hacer para que se sienta de verdad feliz y recupere la paz interior. Me someto por entero a su voluntad y a su sentido de la justicia. Stepán Arkádevich devolvió la carta a su cuñado y lo contempló con la misma perplejidad de antes, sin saber qué decir. El silencio les resultaba tan penoso a ambos que los labios de Oblonski se vieron sacudidos por un temblor involuntario, mientras miraba a Karenin sin pronunciar palabra. —Esto es lo que quería decirle a Anna —dijo Alekséi Aleksándrovich, dándose la vuelta. —Sí, sí... —replicó Stepán Arkádevich, incapaz de añadir nada más, porque las lágrimas le ahogaban—. Sí, sí. Le entiendo —consiguió pronunciar al fin. —Me gustaría saber qué es lo que quiere —dijo Alekséi Aleksándrovich. —Me temo que no se hace cargo de su situación. Ahora mismo es incapaz de juzgar —añadió Stepán Arkádevich, recobrando el dominio de sí mismo—. Se siente abrumada, literalmente abrumada, por tu generosidad. Si lee esta carta, no será capaz de decir nada y se limitará a agachar aún más la cabeza. —En ese caso, ¿cómo explicar...? ¿Cómo saber lo que quiere? —Si me permites que te dé mi opinión, creo que te corresponde a ti señalar claramente las medidas que consideras necesarias para acabar con esta situación. — Entonces, ¿crees que todo esto debe terminar? —le interrumpió Alekséi Aleksándrovich—. Pero ¿cómo? —añadió, pasándose la mano por los ojos con un gesto muy poco habitual en él—. No veo ninguna salida. —No hay situación que no la tenga —dijo Stepán Arkádevich, poniéndose en pie, ya más animado—. Hace algún tiempo pensaste en la posibilidad de divorciarte... Si estás convencido de que no podéis ser felices juntos... —La felicidad se puede entender de distintas maneras. Pero supongamos que estoy de acuerdo con todo, que no quiero nada. ¿Qué salida puede tener nuestra situación? —Si quieres saber mi opinión —dijo Stepán Arkádevich con la misma sonrisa, dulce y tierna como la leche de almendras, con la que se había dirigido antes a Anna, una sonrisa tan bondadosa y convincente que, sin querer, Alekséi Aleksándrovich reconoció su debilidad, se sometió a su cuñado y se mostró dispuesto a creer en todo lo que dijera—, Anna nunca confesará lo que quiere. Pero sólo puede desear una cosa —prosiguió Stepán Arkádevich—: romper esta relación, librarse de todos los recuerdos ligados a ella. Creo que, dada vuestra situación, es indispensable que aclaréis cuál va a ser vuestra relación a partir de ahora. Y eso sólo podrá lograrse cuando ambos recobréis vuestra libertad. —El divorcio —le interrumpió Alekséi Aleksándrovich con repugnancia. —Sí, eso es lo que creo yo. El divorcio. Sí, el divorcio —repitió Stepán Arkádevich, ruborizándose—. Es, desde todos los puntos de vista, la salida más razonable para un matrimonio que ha llegado a una situación como la vuestra. ¿Qué hacer cuando marido y mujer han llegado a la conclusión de que es imposible seguir viviendo juntos? Es algo que siempre puede suceder. —Exhaló un profundo suspiro y cerró los ojos—. Lo único que hay que tomar en consideración en este caso es lo siguiente: ¿desea uno de los cónyuges contraer matrimonio de nuevo? En caso de que no sea así, la cosa es muy sencilla —añadió, liberándose cada vez más de la timidez que le había atenazado. Alekséi Aleksándrovich, con los rasgos alterados por la emoción, murmuró algo para sus adentros, pero no respondió. Eso que a Stepán Arkádevich le parecía tan sencillo lo había pensado él miles y miles de veces. Y no sólo no le parecía sencillo, sino completamente imposible. Ahora que estaba al tanto de todos los detalles del divorcio, la solución se le antojaba impensable, porque el sentimiento de su propia dignidad y el respeto a la religión no le permitían asumir la culpabilidad de un adulterio ficticio y menos aún tolerar que su mujer, a quien había perdonado y seguía queriendo, se cubriera de oprobio y de ignominia. También le parecía inviable por otras razones aún más

importantes. ¿Qué sería de su hijo si se divorciaban? No sería posible confiárselo a su madre. La madre divorciada tendría una familia ilegítima, en cuyo seno la situación del hijastro sería probablemente mala, como también su educación. ¿Quedarse él con el niño? Sabía que eso sería un acto de venganza y no quería llegar a esos extremos. Pero la causa principal por la que se oponía al divorcio era que, si aceptaba esa solución, causaría la perdición de Anna. Una de las frases que Daria Aleksándrovna le había dicho en Moscú le había llegado al fondo del alma; a saber, que al pedir el divorcio sólo tenía en cuenta sus propios intereses y no se daba cuenta de que estaba causando la ruina definitiva de su mujer. Y ahora, relacionando esas palabras con su perdón y su cariño por los niños, las interpretaba a su manera. Si aceptaba el divorcio, si le concedía la libertad, la estaría privando, en su opinión, de los últimos vínculos que la unían a la vida de sus hijos, a los que tanto quería, arrebatándole el último apoyo con que contaba para seguir por la senda del bien y empujándola al abismo. Sabía que, en cuanto se convirtiera en una mujer divorciada, se uniría a Vronski, y esas relaciones serían ilegítimas y culpables porque, según las leyes de la Iglesia, una mujer no puede volver a casarse mientras el marido viva. «Se unirá a Vronski, y al cabo de uno o dos años la abandonará, o ella se juntará con otro —pensaba Alekséi Aleksándrovich—. Si acepto ese divorcio ilícito, seré el culpable de su ruina.» Se había dicho todo eso cientos de veces y estaba convencido de que el divorcio, lejos de ser un asunto sencillo, como había dicho su cuñado, era completamente imposible. No creía en ninguna de las palabras de Stepán Arkádevich, tenía miles de argumentos para refutar cada una de sus aseveraciones, pero le escuchaba, pues de algún modo se daba cuenta de que por su boca se expresaba esa fuerza bruta y todopoderosa que guiaba su vida y a la que tendría que someterse. —Aquí lo único que cabe discutir son las condiciones que aceptarías para conceder el divorcio. Ella no quiere nada, no se atreve a pedir nada, y se somete por entero a tu magnanimidad. «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué este castigo?», pensaba Alekséi Aleksándrovich, recordando los detalles del divorcio en que el marido asume la culpa y cubriéndose la cara avergonzado, con el mismo gesto al que había recurrido Vronski. —Estás alterado, lo entiendo. Pero si lo piensas un poco... «Presentar la mejilla izquierda a quien te ha golpeado la derecha. Entregar la camisa a quien te ha arrebatado el abrigo», pensó Alekséi Aleksándrovich. — ¡Sí, sí! —gritó con voz chillona—. Cargaré con toda la vergüenza, hasta renunciaré a mi hijo, pero... ¿no sería mejor dejar las cosas como están? En cualquier caso, haz lo que quieras... Y, dándole la espalda a su cuñado, para que no pudiera verle, se sentó en una silla que había al pie de la ventana. Sentía vergüenza y amargura, pero también alegría y emoción ante ese ejemplo sublime de humildad. Stepán Arkádevich estaba conmovido y guardaba silencio. — Alekséi Aleksándrovich, créeme cuando te digo que Anna apreciará tu magnanimidad —dijo—. Por lo visto, tal es la voluntad de Dios —añadió. Nada más pronunciar esas palabras, se dio cuenta de que acababa de decir una estupidez y a duras penas pudo contener una sonrisa. Alekséi Aleksándrovich quiso replicar algo, pero las lágrimas se lo impidieron. —Es una desgracia fatal y así hay que aceptarla. Yo me la tomo como un hecho consumado y trato de ayudaros en lo que puedo —dijo Stepán Arkádevich. Al salir del despacho de su cuñado, estaba conmovido, pero al mismo tiempo se sentía satisfecho de haber cumplido su misión, pues estaba convencido de que Alekséi Aleksándrovich no se echaría atrás. Y a tal satisfacción venía a sumarse una idea que le había venido a la cabeza: cuando concluyera todo el asunto, le haría la siguiente pregunta a su mujer y a sus íntimos: «¿En qué nos diferenciamos el emperador y yo? En que él establece alianzas y nadie se beneficia, mientras yo rompo alianzas y se benefician tres personas... O bien: ¿en qué nos parecemos el soberano y yo? En que... Bueno, ya se me ocurrirá algo mejor», se dijo con una sonrisa. XXIII. La herida de Vronski era peligrosa, aunque no le había alcanzado el corazón. Pasó varios días entre la vida y la muerte. Cuando estuvo en condiciones de hablar por primera vez, sólo Varia, la esposa de su hermano, se hallaba en la habitación. — ¡Varia! —dijo, mirándola con severidad—. Se me disparó la pistola. Díselo así a todo el mundo, por favor. Y no vuelvas a hablar de esta historia, es demasiado ridícula. Sin responder a sus palabras, Varia se inclinó sobre él y le miró a la cara con una alegre sonrisa. Los claros ojos del herido ya no tenían ese brillo de la fiebre, pero su expresión era severa. — ¡Gracias a Dios! —dijo Varia—, ¿Te duele algo? —Un poco aquí. —Y Vronski señaló el pecho. —Entonces te voy a cambiar el vendaje. Vronski la miró en silencio, apretando sus fuertes mandíbulas, mientras la joven le cambiaba el vendaje. Cuando terminó, Vronski le dijo: —No estoy delirando. Te ruego que hagas cuanto esté en tu mano para que la gente no piense que me he disparado a propósito. —Nadie lo piensa. Lo único que espero es que el arma no se te vuelva a disparar —dijo Varia con una sonrisa inquisitiva. —No creo que vuelva a pasar. Más habría valido... Y sonrió con aire sombrío. A pesar de estas palabras y esta sonrisa, que tanto asustaron a Varia, cuando la inflamación desapareció y empezó a restablecerse, Vronski sintió que se había liberado de una parte de sus penas. Era como si con ese acto se hubiera desembarazado de la vergüenza y la humillación que le embargaban antes. Ahora podía pensar con calma en Alekséi Aleksándrovich. Reconocía su magnanimidad sin sentirse humillado. Además, había vuelto a la senda de su vida de antaño. Era capaz de mirar a la gente a la cara sin azorarse y había vuelto a vivir con arreglo a sus viejas costumbres.

Sólo había una cosa que no había podido arrancar de su corazón, a pesar de sus denodados esfuerzos: el dolor, casi la desesperación, de haberla perdido para siempre. Ahora que había expiado su culpa ante el marido, estaba firmemente decidido a renunciar a ella, a no interponerse nunca entre la esposa arrepentida y su marido. Pero no podía arrancar de su corazón la pena de haber perdido su amor ni podía borrar de su recuerdo esos instantes de felicidad que había conocido a su lado, tan poco apreciados entonces y que ahora le perseguían con su encanto. Serpujovski le había conseguido un destino en Tashkent y Vronski lo había aceptado sin la menor vacilación. Pero, a medida que se acercaba el momento de la partida, el sacrificio que estaba ofreciendo a lo que consideraba su deber se le hacía más duro. La herida ya había cicatrizado y empezó a salir de casa para ocuparse de los preparativos del viaje a Tashkent. «Verla una vez más y luego enterrarme, morir», pensaba. Y, en una visita que hizo a Betsy para despedirse, le expresó su deseo. Con esa embajada fue Betsy a casa de Anna, y después se reunió con Vronski para comunicarle la respuesta negativa. «Tanto mejor —se dijo Vronski, cuando recibió la noticia—. Era una debilidad que habría acabado con mis últimas fuerzas.» Al día siguiente por la mañana Betsy en persona fue a verle y le anunció que, según le había contado Oblonski, Alekséi Aleksándrovich aceptaba la solución del divorcio; por tanto, no había ningún inconveniente en que visitara a Anna. Desentendiéndose de Betsy, a la que ni siquiera acompañó a la puerta, rechazando todas sus resoluciones anteriores y olvidándose de preguntar cuándo podía ver a Anna y dónde se encontraba su marido, Vronski se dirigió sin pérdida de tiempo a casa de los Karenin. Subió a toda prisa la escalera, sin ver lo que tenía delante, y con pasos rápidos, casi corriendo, entró en la habitación de Anna. Una vez allí, sin pensar en nada ni preocuparse de la posible presencia de un tercero, la abrazó y empezó a cubrir de besos su rostro, sus manos y su cuello. Anna se había preparado para esa entrevista, había meditado en lo que le diría, pero no tuvo tiempo de pronunciar palabra. Se sintió arrebatada por la misma pasión que Vronski. Quiso calmarle y calmarse ella misma, pero ya era demasiado tarde. Vronski le había contagiado sus sentimientos. Sus labios temblaban de tal modo que durante un buen rato no fue capaz de hablar. —Sí, te pertenezco, soy tuya —pronunció por fin, apretando las manos de Vronski contra su pecho. — ¡Así tenía que ser! —replicó él—. Y así será mientras vivamos. Ahora lo sé. —Es verdad —dijo Anna, palideciendo cada vez más y abrazando la cabeza de Vronski—. En cualquier caso, ¿no resulta todo esto un poco terrible después de lo que ha sucedido? —Todo pasará, todo pasará. ¡Seremos tan felices! Si nuestro amor pudiera crecer, crecería gracias precisamente a lo que tiene de terrible —contestó Vronski, levantando la cabeza y esbozando una sonrisa que dejó al descubierto sus fuertes dientes. Y Anna no pudo por menos de responder con una sonrisa, no tanto a las palabras de Vronski, como a sus ojos enamorados. Le cogió la mano y se acarició con ella las mejillas frías y los cabellos cortos. —No te reconozco con esos cabellos tan cortos. Te quedan muy bien. Pareces un muchacho. Pero ¡qué pálida estás! —Sí, aún estoy muy débil —repuso Anna con una sonrisa. Y sus labios volvieron a temblar. —Iremos a Italia, te restablecerás. — ¿Es posible que podamos vivir como marido y mujer, solos los dos? —preguntó Anna, mirándole a los ojos a muy poca distancia. —Lo único que me sorprende es que alguna vez haya podido ser de otra manera. —Me ha dicho Stiva que él consiente en todo, pero no puedo aceptar su magnanimidad —dijo Anna con aire pensativo, apartando la mirada del rostro de Vronski—. No quiero el divorcio, ahora me da todo igual. Lo que no sé es lo que va a decidir con respeto a Seriozha. A Vronski no le entraba en la cabeza que en un instante así Anna pudiera sacar a colación el tema de su hijo y del divorcio. ¿Qué podía importar eso? —Déjalo, no pienses en esas cosas —dijo, dándole la vuelta a su mano y tratando de atraer su atención, pero Anna no le miraba. — ¡Ah! ¿Por qué no me habré muerto? ¡Habría sido lo mejor! —exclamó, y unas lágrimas se deslizaron en silencio por sus mejillas. No obstante, trató de sonreír para no apenarlo. De haberse atenido a sus antiguas ideas, Vronski habría considerado imposible e ignominioso renunciar a un destino como Tashkent, tan peligroso y halagador. Ahora, en cambio, lo rechazó sin vacilar y, advirtiendo que sus superiores desaprobaban su conducta, pidió inmediatamente el retiro. Al cabo de un mes, Alekséi Aleksándrovich se quedó solo en su casa con su hijo. En cuanto a Anna y Vronski, partieron para el extranjero, sin obtener el divorcio, al que habían renunciado definitivamente. (*the ohio state university orthopedics*).

**0411 23 Cuarta Parte Cap Tulos**  
**Xi Al Xxiii Anna Kar Nina**

**>>>Haga Clic Aquí<<<**

**<https://Ensayo.icu>**